



Ruinas del castillo-palacio llamado de Galiana en las Huertas del Rey, de Toledo.

# BOLETIN

DE LA

ASOCIACION ESPAÑOLA  
DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

N.º 26

TERCER TRIMESTRE

AÑO VII-1959

# BANCO DE VIZCAYA

Fundado en 1901

Casa Central: BILBAO. Gran Vía, 1  
Sub-Central en Madrid. Alcalá, 45

---

Capital autorizado.....	450.000.000 de ptas.
Emitido, suscrito y desembolsado.....	353.281.000 de ptas.
Reservas.....	990.000.000 de ptas.
Capital desembolsado y reservas	1.343.281.000 de ptas.

---

## 88 SUCURSALES

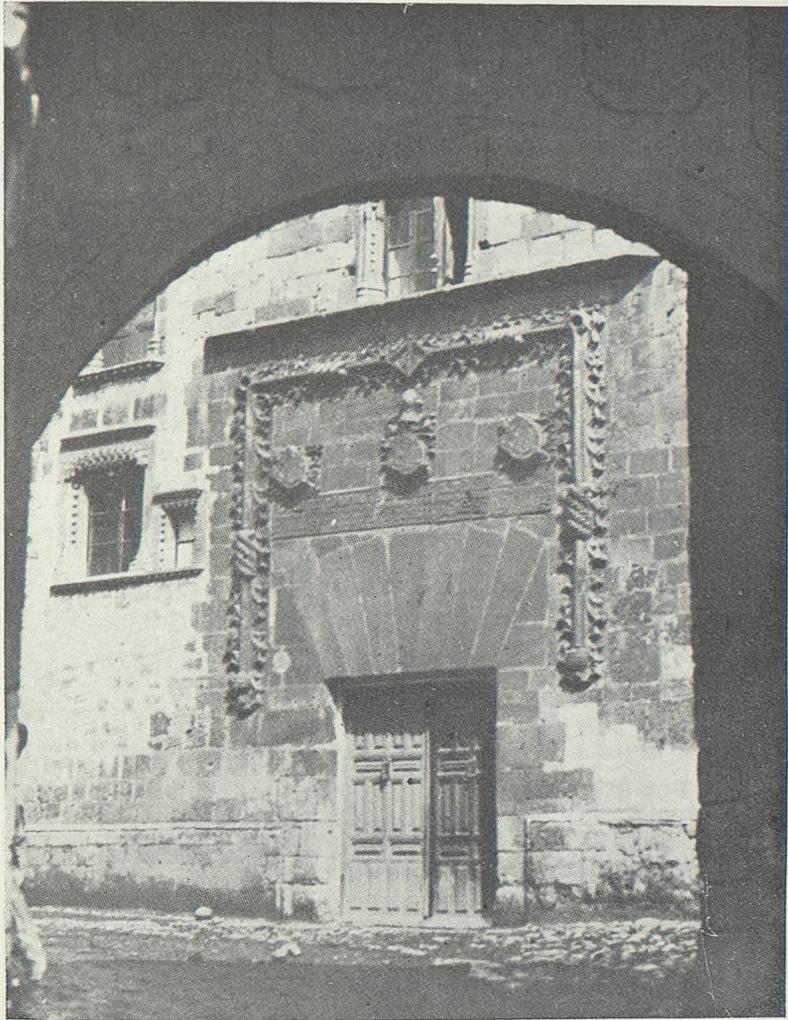
69 Agencias Urbanas en: Alicante (1), Baracaldo (1), Barcelona (15), Bilbao (7), Córdoba (2), Granada (1), Las Palmas de Gran Canaria (1), Madrid (24), Málaga (1), San Sebastián (1), Sevilla (3), Tarragona (1), Valencia (7) Victoria (1) y Zaragoza (3).

67 Agencias de pueblos en diferentes provincias  
Extensa red de Corresponsales Nacionales y Extranjeros

---

**SERVICIO DE RELACIONES EXTRANJERAS**  
especializado en la tramitación de toda clase de operaciones relacionadas con el comercio exterior.

(Aprobado por la Dirección General de Banca, Bolsa e Inversiones con el n.º 2.342)



Ayllón (Segovia).

Fot. A. Prast.

Puerta del palacio de los Contreras, erigido en 1497 por la familia segoviana de aquel nombre. Valiosa muestra del gótico decadente de aquel tiempo que ha venido siendo atribuido, erróneamente, al Condestable don Alvaro de Luna.

## S U M A R I O

	<u>Págs.</u>
Editorial.....	135
Historia del castillo de Montemayor y Benahavis (Murcia), por Antonio Maíz Viñals.....	141
Tradiciones y leyendas de los castillos de España (con- tinuación) . . . . .	148
Flámulas en Jadraque sobre el castillo del Cid, por J. S. D. ....	155
Excursión a Coca, Iscar y Portillo, por Federico Bor- dejé .....	158
Visita a Ayllón, el Burgo de Osma y el castillo de Gormaz, por F. B. ....	167
Nuevo Director del «Boletín de la Asociación Españo- la de Amigos de los Castillos» .....	174
Castillos en la arena.....	175
Libros y revistas recibidos, por J. S. D. ....	176

# BOLETIN DE LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

AÑO VII

JULIO-AGOSTO-SEPTIEMBRE 1959

N.º 26

DIRECTOR: LUIS DE ARMIÑAN ODRICZOLA

Depósito legal. M. 941. 1958

## Editorial

*Don Luis Lavour, Jefe de la Oficina Española de Turismo en Chicago, envía al BOLETÍN DE LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS la siguiente carta, que por su interés publicamos como editorial.*

Es preciso reconocer que el estado de desmoronamiento universal en que yacían la mayoría de los castillos españoles hasta hace nada más que veinte años justificaba de sobra el tono elegiaco y funeral, tan espeso, que por aquel entonces caracterizaba invariablemente a toda alusión literaria inspirada por estas expresiones belicosas de nuestro dramático pasado. Lo cierto del caso era que, a pesar de los numerosos centenares que de ellos poseíamos, podían contarse en aquellas fechas con los dedos de una mano los únicos presentables y fácilmente accesibles que ante el viajero no terriblemente interesado en ruinas podíamos exhibir. Eran éstos: el alcázar segoviano, el de Bellver, en Mallorca, y el de Simancas. Más tarde, y una vez habilitados como paradores por el antiguo Patronato Nacional del Turismo, incorporáranse a este trío solitario los de Ciudad Rodrigo y Oropesa. Además, y si no exactamente al alcance del turista, por lo menos en aceptable estado de conservación, existían algunos otros, habitados ocasionalmente por sus más o menos aristocráticos propietarios, tales como los de Guadamur y Malpica, en la provincia de Toledo, así como los de Játiva, Perelada y Almodóvar, en otros puntos de nuestra geografía. Pero de todas formas, eran contadísimos en número, e insuficientes, por tanto,

para impedir la irónica anomalía de que fuese una minucia tan escuálida todo lo que España podía en esta materia ofrecer decentemente a la curiosidad del viajero; precisamente la nación cuyo nombre en muchas otras viene a ser casi sinónimo de castillo, y cuyos principales lenguajes, el castellano y el catalán, derivan su nombre de la abundancia de fortalezas que existieron en dos de sus más importantes reinos.

Aunque haya aún tantísimo que hacer en este apartado, existe en el presente la esperanzadora compensación de haberse desencadenado un decidido movimiento de opinión para proteger a nuestros castillos, los que, paradójicamente, han compuesto siempre el tipo de construcción más indefenso de todos los que integran nuestra arquitectura histórica. Ha sido especialmente la joven y ya benemérita Asociación Española de Amigos de los Castillos la entidad que ha recogido y articulado eficazmente este estado de ánimo, inoperante hasta ahora por disperso, y es muy probable que, gracias a su ubicua sombra tutelar, resulte hoy en día casi imposible el que se sigan cometiendo desaguizados irreparables contra estas inermes construcciones.

Pero en este orden de cosas se registra, afortunadamente, algo mucho más tangible que meros apoyos morales, buenas intenciones y proyectos. En el terreno de los hechos, que es lo que cuenta, la labor reconstructora de castillos realizada en los últimos tiempos es en sí francamente considerable y constituye además una rica base de experiencias técnicas, que podrán muy bien ser aprovechadas para llevar gradualmente a cabo la gran tarea por realizar.

En plan de revisión sucinta de lo ejecutado, y comenzando por esa sublime antonomasia de castillo que es el Alcázar de Segovia, la fortaleza ha sido enriquecida recientemente con una serie de salones y aposentos inéditos, amueblados con la difícil sobriedad y prestancia que exige tan sobresaliente edificio. Mucho ha ganado también turísticamente el castillo de Simancas, gracias a la Residencia de Investigadores que a su sombra y extramuros ha sido construida, alojamiento de aire moderno que funciona abierto igualmente al servicio de los doctos como de los viajeros.

Asimismo el albergue inaugurado recientemente en Tordesillas, y merced a su emplazamiento constituye una base de partida estratégicamente inmejorable para conocer con comodidad un suculento racimo de castillos, cuya visita, hasta la fecha, estaba subordinada al padecimiento de ásperas austeridades.

Pero en cuanto a restauraciones integrales, fue el Movimiento o la Falange quien abrió la marcha, al encargarse de devolver sus casi perdidas formas y robustez a castillos de la importancia histórica de los de Las Navas del Marqués y de Medina del Cam-

po. Con el esmero y mimo que son de suponer, son hoy jóvenes españolas de la Sección Femenina quienes cuidan el descanso de estos guerreros de piedra; un destino para un castillo que hubiera placido a Nietzsche.

Ha sido el propio Movimiento el que también ha restaurado definitivamente el espléndido castillo de San Servando, que desde un cerro vigila el acceso a Toledo por el puente de Alcántara. En su interior, y a la vista del Tajo, que con la majestad de un endecasílabo entre márgenes de roca por allí discurre, muchachos del Frente de Juventudes, en aulas evocadoras de un gran pasado, estudian preparándose para un futuro mejor; un destino para un castillo que hubiera placido a Garcilaso.

Más al Norte, en tierras de Coca ha sido el Ministerio de Agricultura el que ha restaurado cuidadosamente la fortaleza mudéjar de los Fonseca, estableciendo en su entraña, y de cara a uno de los flancos más desarbolados de Castilla, una Escuela Forestal; un destino para un castillo que hubiera placido a don Joaquín Costa.

Tampoco hubiera disgustado al categórico y expeditivo aragonés el uso al que el Servicio Nacional del Trigo del mismo Ministerio ha dedicado varios castillos de la región, convirtiéndolos provisionalmente en silos y graneros después de afianzarlos debidamente.

Y tampoco es probable que el viejo capitán de Loyola hubiera censurado a los miembros de la Orden que él fundó por haberse empeñado con tanto éxito en devolver su perfil guerrero al glorioso castillo de Javier, en Navarra, situado, por cierto, no muy lejos del lugar en el que tras largos años de lenta, pero persistente labor, llega a su término una de las restauraciones arquitectónicas más ambiciosas de nuestros tiempos: la del castillo Real de Olite, costeada por la Diputación Foral de Navarra. Poco falta ya, pues, para que el buen turista pueda sin demasiado esfuerzo dar un gran salto atrás en el tiempo, perdiéndose en un bosque resucitado de adarves, torreones y tracerías, y evocar así, vívidamente, las bellas y trovadorescas formas de vida que prevalecieron en el ambiente cortesano del reino más refinado de los de nuestra Edad Media.

También Córdoba podrá regalar pronto a sus devotos, con la sorpresa del Alcázar de los Reyes Cristianos, un hermoso castillo que yacía en secreto dentro de su recinto murado, ignorado de todos y desfigurado completamente por el cáncer de unas construcciones inoportunas que van desapareciendo.

Igualmente por su magnitud destacan las reconstrucciones gemelas realizadas en las alcazabas de Málaga y Almería, si no nos equivocamos, por la Dirección General de Arquitectura, obras que han restituído sus perfiles rotundos a la vergonzosa piorrea

de piedra que por tanto tiempo coronó el par de acrópolis morunas que guardan las tibias espaldas de estas dos bellas capitales andaluzas. Los escombros y ortigas que por generaciones poblaron el interior de aquellos castillos, enormes como casi todos los musulmanes, han sido suplantados hoy por el estanque y la flor, elementos que, enlazados en diálogo armónico, simbolizan admirablemente el espíritu de sus ausentes constructores. Hermoso sería el que prontamente se realizara algo parecido en ese otro espléndido mirador castillicio que sobre el Mediterráneo poseemos: la fortaleza de Sagunto.

Como exponente de que en esta empresa restauradora, de raíz e interés tan nacionales, hay un sitio reservado para todo linaje de iniciativas, conforta constatar que hasta la privada se va incorporando a esta tarea. Una de las realizaciones más oportunas y logradas del esfuerzo particular en este terreno, ha tenido lugar en un paraje denominado de manera extraordinariamente bella: en el castillo del Buen Amor, ornato del humilde pueblo de Villanueva de Cañedo, que se encuentra a 25 kilómetros al norte de Salamanca, y en la carretera que une a esta ciudad con la de Zamora. En el interior de lo que por mucho tiempo no fue otra cosa que un decrepito castillo, se ha engastado hoy con gusto casi inverosímil uno de los alojamientos más fabulosos que imaginarse puede. Para el viajero de paso por las polvorientas llanuras que lo rodean, el castillo del Buen Amor emerge hoy como un oasis entre los trigales salmantinos, con el aura de un espejismo tentador; como uno de aquellos alcázares encantados que en los libros de caballerías cortan a veces el paso del caballero andante en el momento crítico de la gran aventura. Al franquear el puente levadizo del castillo, parece como si por la campiña charra hubiera pasado recientemente el hada Morgana y hubiera ido tocando con su varita las estancias que rodean al patio renacentista del castillo, haciendo surgir por doquier dormitorios, salones, comedores y demás habitáculos que hacen el reposo placentero; todos ellos suntuosamente amueblados y decorados, con entrañable fidelidad al *genus loci*; sea su mayor elogio el señalar que el conjunto compite muy seriamente con la maravilla ornamental ejecutada en el Hostal de los Reyes Católicos compostelado.

Otro particular, don Alejo Carrera, para gozo y goce de los agüistas del vecino Mondariz y de cuantos se acercan a aquellos verdes parajes, lleva a cabo año tras año, y con perseverancia gallega, nada menos que la reconstrucción total del castillo de Villasobroso, del que es propietario.

Por su parte, y con mayor o menor ayuda económica de otros organismos, hay muchos Municipios que han ido restaurando y salvando de la ruina total a castillos de la importancia de Bel-

monte (Cuenca), Peñíscola (Castellón), Almansa (Albacete), Alcalá de Guadaíra (Sevilla), Santa Bárbara (Alicante) y otros más en curso.

El último que por iniciativa local acaba de ser concienzudamente restaurado es el de Carlos V en Fuenterrabía. Desearíamos que en su nuevo estado conservara todavía aquel insólito ascensor, tan práctico como anacrónico, en el que tantas veces ascendimos a la torre para contemplar desde la amplia esplanada el bellissimo paisaje fronterizo del Bidasoa que desde allí se divisa.

Un curioso ejemplo indicativo de que cuando existe clima espiritual apropiado puede a un castillo llegarle su salvación por los conductos más imprevistos, nos lo ofrece una de las restauraciones más recientes y ejemplares de que tenemos noticia: la del ignorado castillo de Mequinenza, a la vera del Ebro, ejecutada por la Empresa Hidroeléctrica del Ribagorzana (I. N. I.), entidad que ha tenido la brillante idea de habilitarlo para residencia temporal de los ingenieros y técnicos que se disponen a construir un enorme embalse en aquella vecindad.

Así, pues, ha sido considerable lo ya realizado y lo importante es que este movimiento restaurador no se amortigüe, sino que se acelere. Y que pequeñas localidades, en las que la existencia de un castillo de importancia se conjuga con ardientes y legítimos deseos de aprovecharlo turísticamente, vayan recibiendo las ayudas económicas y técnicas que merezcan y precisen. En este caso, y entre otras muchas, aparecen en primera fila las localidades de Alarcón (Cuenca), Escalona (Toledo), Peñañel (Valladolid), Morella (Castellón), relación que sería fácil de prolongar.

La coyuntura es propicia, porque en este momento en que comienzan a proliferar por nuestras carreteras automóviles y motos conducidos por masas de españoles, es cuando por fin ha llegado la auténtica hora turística a nuestros castillos. Es precisamente ahora cuando los Municipios dotados de fortaleza de interés, deberían ir realizando las tareas preparatorias e indispensables para insertarse de lleno en este favorable momento y no quedarse peligrosamente a su margen. En principio, mientras llega la hora de la restauración o consolidación de las ruinas, obras inevitablemente lentas y costosas y no siempre aconsejables desde puntos de vista económicos, históricos o arqueológicos, estas localidades deberían limitar su esfuerzo a limpiarlos de maleza y escombros. La segunda fase, complementaria de la anterior y muy importante, consiste en habilitar accesos a los castillos o a sus restos para el tráfico rodado, detalle que falta en la mayoría de los que conocemos. Bueno es saber que el deporte del alpinismo y la práctica del turismo, incluso el matizado de veleidades arqueológicas, son dos actividades completamente dis-

pares y casi siempre radicalmente incompatibles. Y por último, en lugar cercano a la entrada del castillo y discretamente elegido, es indispensable el que se habiliten pequeños estacionamientos para coches y motos, proveyéndolos de una sencilla tejavana o cubierta bajo la que los vehículos puedan guarecerse de los ardores del sol o de cualquier otra inclemencia atmosférica.

Bastarían probablemente estas simples obras para convertir a la mayoría de nuestros castillos en turísticamente visitables y para que las poblaciones que las ejecutaran comenzaran a derivar beneficios pecuniarios de su visita.

Al menos lo que parece indudable es que si se llevaran a efecto estas realizaciones en escala suficiente, la literatura turística sobre España ganaría considerablemente en calidad. La gente no tendría más remedio que empezar a escribir sobre nuestros castillos describiéndolos como Dios manda, en lugar de utilizarlos casi exclusivamente como muros de lamentaciones y blanco indefenso para tópicos del linaje más lacrimógeno y desgarrador.

**Acaba de aparecer:**

## **Los restos del obispo Gómez de Terán**

P O R

**JOSÉ RICO DE ESTASEN**

Un volumen de gran vistosidad y belleza, editado por la Excelentísima Diputación Provincial de Alicante, donde se describe la historia de la diócesis de Orihuela así como la del más destacado de sus obispos: el madrileño don Juan Elías Gómez de Terán, que la regentó de 1748 a 1758. También, las extraordinarias circunstancias que hicieron posible la localización de sus restos, que yacían en ignorada cripta.

**PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 PESETAS**

**A los miembros de nuestra Asociación, 40**

Para encargos, dirigirse a nuestras oficinas:

**PLAZA MAYOR, 27, 3.º - TELEFONO 21 24 54**

# Historia del castillo de Montemayor Benahavis (Málaga)

ANTONIO MAIZ VINALS

*Médico forense y de A. P. D.  
de Marbella (Málaga)*

Como la historia del castillo de Montemayor está intimamente ligada a la del pueblo de Benahavis, comenzaremos por el nombre del pueblo que puede decirse de dos modos: Benahavis o Benhavis, y que deriva de la voz hebrea *Ben*, que significa hijo, en acepción original, y *Avis* o *Havis*, que fue el nombre de un moro notable que reinó en el castillo de Montemayor, cuyo hijo tuvo la idea de construir una serie de defensas que, protegiendo el río de Guadalmina a la salida de «La Angostura» (lugar llamado así por estar el lecho del río Guadalmina encajado en una especie de cañón), defendiese al mismo tiempo el flanco izquierdo del citado castillo, y que fue el primer núcleo donde se fundó el pueblo; es decir, que la construcción del castillo de Montemayor fue anterior a la de Benahavis.

El castillo de Montemayor debe su nombre a que está construido en la cima de dicho monte, llamado así por ser el mayor de estos contornos y desde el que se divisa un fantástico paisaje.

Como las construcciones citadas antes fueron hechas por el hijo de Havis, se llamó a las mismas castillo de Ben Havis, y posteriormente, para unir dichas dos palabras, se interpuso una *a* entre las dos palabras, quedando definitivamente formado el nombre de Benahavis, que es el que tiene en la actualidad.

Se sabe que las villas de Benahavis y Aidin (Daidin) (nombre que en turco quiere decir luz y que fue el nombre de uno de los más destacados señores de aquel lugar), fueron fundadas por los moros en la costa del mar y serranía de Ronda, sin que pueda precisarse exactamente la fecha.

Ya hemos dicho antes que la construcción del castillo de Montemayor es anterior a la de Benahavis, y el primer dato concreto a que podemos referirnos es que el citado castillo estaba ya construido en el siglo X, por haberse librado importantes batallas por su posesión en la época de los reinos de Taifas.

Al caer el califato de Córdoba a principios del siglo II, el castillo de Montemayor tuvo una decisiva influencia en las lu-

chas intestinas sostenidas por los Edrisitas, o dinastía que gobernaba Málaga, y los Hammuditas o Hamudies, que reinaban en Algeciras.

También tuvo interés el citado castillo en la contienda sostenida por el Rey Edris I de Málaga contra el monarca sevillano Mohamed Aben, estando probado que el General en jefe del Ejército de Edris I, Aben Bokin, reclutó moros del castillo de Montemayor al iniciarse las operaciones.

En cuanto al régimen que tenía Benahavis, se sabe que había en la población un juez que juzgaba las causas civiles y religiosas en primera instancia, y en la ciudad de Marbella, de la cual dependía un Cadi, que denegaba o ratificaba las primeras diligencias actuadas; por último, en Málaga residía el Cadi de los Caidés, que era la autoridad suprema judicial, con tal poder y prerrogativas, que hasta el Califa estaba obligado a comparecer ante él.

El régimen económico participaba de la misma sencillez y unidad; condiciones derivadas de un poder supremo absoluto, que adquiriría mayor ensanche, estándole agregado y preponderado en el elemento militar. Esta organización excluía, por consiguiente, el gobierno municipal, para el que se requiere cierta libertad de los súbditos de la cual no disfrutaban los árabes, haciendo imposible esto el establecimiento de un régimen municipal, cual se estableció en la Edad Media por las Cartas municipales de Castilla y de León. No hubo, por tanto, Ayuntamiento de Benahavis ni otra autoridad económica que el Almotacen o fiel medida, que conocía de lo relativo a pesas y medidas, salubridad de comestibles, limpieza de las calles y policía urbana.

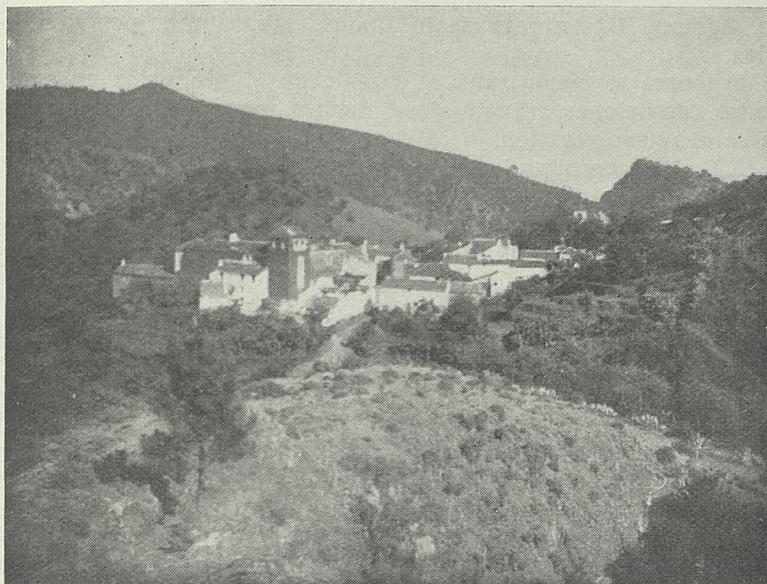
#### *La reconquista y la repoblación.*

El 23 de mayo de 1485 se apoderaron los Reyes Católicos de Ronda y otros pueblos de la serranía, prosiguiendo su avance hacia el Sur, ocupando Benahavis y Marbella el 11 de junio de 1485.

Llegamos a una fecha crucial en la historia de Benahavis.

Se trata de la Real Cédula de merced y donación que para sí y sus herederos hicieron, en 25 de junio de 1492, los Reyes Católicos a D. Juan de Silva, Conde de Cifuentes, su Alférez Mayor (uno de los primeros capitanes, según la Historia, que les ayudaron en la conquista de Granada), de las villas de Benahavis y Daidin, en recompensa de los servicios que habían recibido del mismo, tanto en la guerra, para lograr dicha conquista, como anteriormente.

En agosto de 1492, dos meses después de la donación de Benahavis y Daidin, el Conde de Cifuentes nombró un comisiona-



Vista general del pueblo de Benahavis (Málaga).



Vista general del castillo de Montemayor.

do, llamado D. Antonio de la Dueña, para tomar posesión de ellas.

Entonces se encontraba el castillo de Montemayor en excelentes condiciones, refugiándose muchos moros en él al instaurarse el nuevo régimen.

A D. Juan de Silva le sucedió su hijo D. Fernando, que vendió Benahavis y Daidin a Francisco de Villegas.

Al sobrevenir la rebelión de los moriscos en el año 1568, sufrió graves daños el castillo Montemayor por haberse hecho fuertes en él los sublevados, debido a su excelente situación estratégica.

Al ser sofocada la sublevación y confiscadas las casas, se encargó del repartimiento de las tierras a los nuevos pobladores el bachiller Fonseca.

Repartió 49 casas y 356 aranzadas de tierra, haciéndose 37 suertes, que distribuyó entre 35 pobladores, incluidos el cura y el sacristán, a razón de ocho aranzadas y tercia a cada uno, y dando tres suertes a uno de ellos.

La Carta puebla de Benahavis tuvo lugar en el año 1572, siendo entonces señor jurisdiccional de Benahavis D. Carlos de Villegas, que tenía derecho a nombrar un Alcalde, dos regidores y un alguacil.

A D. Carlos de Villegas le heredó el Conde Luque, y varias generaciones más tarde, una Condesa de Luque, casada con el Marqués de Algarinejo.

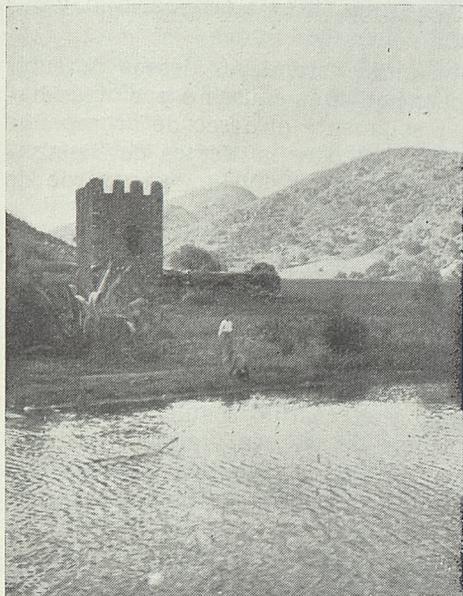
Continúa el tiempo demoliendo el castillo de Montemayor, y durante la época de la dominación francesa es utilizado como atalaya para divisar los movimientos de tropas enemigas.

En el año 1875, es concedido el título de Conde de Benahavis por el Rey D. Alfonso XII el 12 de julio de dicho año (Real despacho de 8 de octubre) a D. Ricardo Heredia y Livermoore, diputado a Cortes.

Durante nuestra guerra de Liberación, desde el día 15 de enero de 1937, quedaron cortadas las comunicaciones con Benahavis; no obstante, como el interés del Ejército nacional estaba en la conquista de Málaga, y en atención a la situación especial del pueblo, que por estar rodeado de sierras podía dar lugar a una sorpresa, quedó dejado atrás en la gran bolsa que se formó, no haciéndose la entrada oficial en el pueblo hasta el mismo día de la liberación de Málaga, verificándose la entrada sin resistencia alguna fuerzas de la Guardia Civil.

\* \* \*

Como curiosidad voy a relatar la subida al castillo de Mon-



Torre de la Lechera. Avanzada exterior del castillo de Montemayor y llave de acceso de la cuenca del Guadalmina.

Vista en detalle de restos de la muralla oeste del castillo de Montemayor.



temayor, tal como está descrita en un trabajo original mío, y que dice así:

«Hacia mucho tiempo que tenía verdaderos deseos de subir al castillo de Montemayor, pero por unas causas o por otras había desistido de la empresa, y solamente el deseo de acompañar documentos gráficos al trabajo de Geografía Médica de Benahavis, me decidieron a emprender la ascensión en esta tarde de julio bajo un sol de justicia.

A la entrada de «La Angostura» torcimos a la izquierda por una senda de cabras llamada camino de «La Coja», y bien pronto fuimos ganando en altura, contemplando una vez más el maravilloso paisaje de la serranía; parecía que el castillo estaba al alcance de la mano, produciendo esa ilusión óptica que padecemos los que no estamos acostumbrados a andar por el campo; sin embargo, pasaba el tiempo y el castillo seguía a la misma distancia; nuestro guía, un vejete de sesenta y siete años, muy simpático, que había nacido al pie del castillo, nos iba contando con alegría casi infantil detalles y detalles de esos retazos de historia que yo trataba y trato de reunir, y a medida que los iba conociendo iba creciendo en mí un interés mayor por dominar el coloso y pasear por aquellas ruinas que eran la historia viva de otros tiempos muy lejanos.

Llegó un momento en que, al arranque del último repecho, tuve que dejar, por consejo del guía, atada mi caballería a un algarrobo centenario, y entonces emprendimos el ascenso al reducto final, pudiendo comprobar cómo el corazón del guía era más firme que el mío, a pesar de mis cuarenta y tres años, ya que llegó a la cumbre sin apenas notarlo, y el mío, con sus múltiples palpitaciones, acusaba el esfuerzo final.

Bien pronto fui recompensado con el maravilloso paisaje que desde el castillo se observa, pues se vislumbran más de 100 kilómetros de costa española, Gibraltar, Ceuta, una gran extensión de costa africana, así como la inmensa mole de sierras que se divisa hacia el Norte.

Entonces comencé a recorrer detenidamente las ruinas, pudiendo apreciar que la muralla estaba construida sobre enormes sillares de piedra, encontrándose en muchas partes en relativo buen estado, a pesar de haberse perdido en muchos sitios la unión de unas piedras con otras, pero por estar construida la muralla con ese alto sentido arquitectónico que tuvieron los árabes, ha hecho el milagro de conservarse siglos enteros, a pesar de la acción del tiempo y agentes atmosféricos, que en mayor o menor grado han contribuido a su destrucción.

Vi el pozo del castillo, seco en la actualidad, que está situado en el fondo de un gran embudo de base ancha, que haría las

veces de algibe o piscina, donde quizás se bañasen las odaliscas del harén de aquellos reyezuelos moros.

Vimos la llamada torre de la reina, donde se observan restos de algunas habitaciones, y luego di una vuelta completa a todas las murallas.

Aislados del mundo en aquel castillo, pasó ante nuestra vista el recuerdo de aquellos tiempos y la sombra de Havis, señor de dicho castillo, acudió a nuestra mente.

Varios pitillos fumamos en amistosa charla y por fin emprendimos el descenso, más peligroso aún que la subida y en el que la mano firme de mi anciano guía me evitó hacer el descenso más rápido que hubiese deseado.»

Marbella, febrero de 1955.

Acaba de aparecer la esperada segunda edición de

## CASTILLOS EN CASTILLA

por el Excmo. Sr. CONDE DE GAMAZO  
con prólogo del Excmo. Sr. D. Félix de Llanos y Torriglia,  
de la Real Academia de la Historia

Volumen de gran formato. 34 × 24 cm., XL + 200 págs., impreso en papel especial e ilustrado con 36 grabados en el texto y 8 planos y 46 láminas (de ellas 30 reproducciones fotográficas y 16 dibujos originales de D. Casto de la Mora)

Una de las obras fundamentales sobre la materia, magnífica guía histórico-descriptiva para el conocimiento de una treintena de castillos de primer orden situados en la región castellano-leonesa (provincias de Valladolid, Palencia, Segovia, Zamora y Avila).

**Precio del ejemplar: En rústica, 360 pesetas.**

**En piel valenciana con estampados en oro, 470 pesetas.**

(A los miembros de la Asociación, 10 % de descuento)

**Pedidos: Asociación Española de Amigos de los Castillos  
PLAZA MAYOR, 27 — MADRID — TEL. 21 24 54**

# Tradiciones y leyendas de los castillos de España

(Continuación)

Prisiones, evasiones y suplicios

CASTILLO DE BORJA (ZARAGOZA)

VOLVEMOS al siglo XIV y a los tiempos de las guerras entre Don Pedro I y el Conde de Trastámara. El Rey Carlos II de Navarra, Señor de Evreux y de Normandía, llamado muy justamente *el Malo* por sus traviesas hazañas, aunque muy inteligente, se ve hondamente preocupado por la irregular situación en que se encuentra. Fiel a sus costumbres, ha dado palabra a ambos contendientes y a sus auxiliares, el Príncipe Eduardo de Inglaterra y el Condestable Du-Guesclin, de apoyarles con todas sus fuerzas, no creyendo, sin duda, que cada uno de los adversarios habría un día de exigirle la ayuda prometida.

Mas cuando las cosas se hacen realidad, el Rey *Malo*, que de ningún modo desea intervenir en tan complicadas contiendas, recurre a un ardid muy propio de sus hechos, y llamando al entonces Gobernador del castillo de Borja, el caballero bretón Olivier de Mauny, primo y auxiliar de Du-Guesclin, por el que mantiene esa poderosa fortaleza, conviene con el francés en que le prenda en una cacería improvisada y le lleve prisionero a Borja. Para ello le ofrece grandes mercedes y donaciones, entre las que figura la posesión de la rica villa y tierra de Gabray, en Normandía, *con tres mil francos de oro de renta*. El incauto francés y su hermano, *que con él venía*, llenos de ambición de poderío y de riquezas, acceden prontamente a ello, y un día, como por acaso, el Rey navarro se constituye detenido en esa noble fortaleza, baluarte invencible de las legiones romanas, cuyas claras huellas muestra.

La prisión del Rey duró desde comienzos del año 1367 hasta el mes de abril, en que en la célebre batalla de Nájera, Trastámara y Du-Guesclin fueron derrotados por las huestes del Rey y del *Príncipe Negro*, que aquel día ganó el famoso rubí, que hoy adorna la Real Corona de Inglaterra, donado a su generoso auxiliar por Don Pedro I de Castilla.

La derrota de uno de los contendientes libraba al Rey Carlos *el Malo* de su compromiso, aunque Olivier de Mauny y su her-

mano no quisieran soltarlo hasta que tuvieran en su poder la villa y la fortaleza normandas, con las rentas ofrecidas. Fue menester que el Monarca navarro recurriera de nuevo a sus habilidades diplomáticas y, reiterando lo más seriamente posible sus promesas, sugirió a los franceses el dejarles al Infante Don Pedro, su hijo, en rehenes, en tanto que a él le conducían a su cercano castillo de Tudela, una de las plazas más fuertes de Navarra. Mauny accedió al trato, se recibió al hijo del Monarca en Borja, y satisfechos y ufanos con las mercedes adquiridas llegaron a Tudela. Mas cuando Olivier se regocijaba de haber alcanzado el triunfo, se vio de pronto encadenado y sumido en una de las mazmorras del castillo, en tanto su hermano saltaba y se escapaba *por unos tejados*, donde lo mataron. Olivier permaneció en prisión hasta que, por fuerza y muy de veras, tuvo que ordenar la reintegración del Infante, y sin rentas, ni villas, ni mercedes, debió volverse a su tierra.

#### CASTILLO DE ALAEJOS (VALLADOLID)

A partir del siglo XIV, cuando el peligro musulmán se ablanda y, de hecho, desaparece, los castillos interiores, o al menos los más principales e importantes, se transforman frecuentemente en prisiones de los nobles revoltosos y levantiscos. Es un triste y humillante destino que muchas fortalezas *medievales* sufrirán hasta el siglo XVIII, y algunas hasta el mismo siglo XIX. Con este motivo, sus muros están impregnados de un cierto aire de leyenda, que unas veces es triste, otras pintoresca, pero pocas veces trágica.

Uno de los castillos preferidos para tal destino fue el de Alaejos, entre cuyos episodios se destacan los siguientes:

El reinado del desgraciado Enrique IV, denominado *el Impotente* por sus antecedentes matrimoniales, es una continua contienda entre los bandos nobiliarios, que con sus ambiciones minan la fuerza y el poder de la realeza. Don Enrique casa por segunda vez con Doña Juana de Portugal, mujer sobre cuyas exactas condiciones hay aún muchas dudas. En todo caso fue, con entera certeza, una mujer muy ligera y, desde luego, engañada sobre los caracteres que imperaban en la Corte de Castilla. Doña Juana dio a luz una hija, que fue la desdichada *Beltraneja*, porque su verdadera paternidad fue puesta prontamente en entredicho, a lo que contribuyeron, de una parte, la abulia del Rey, su padre, y la inconsciente conducta de su madre. Es difícil pronunciarse sobre tan ardua cuestión, que iba a cambiar la historia de la Edad Moderna en toda Europa. Pero hay que reconocer que hubo de haber muy poderosas razones para que el pueblo de Castilla, siempre fiel y obediente a sus Reyes, aceptara

las consecuencias que de allí siguieron y alzó sobre el trono a la Reina Doña Isabel la Católica.

En las luchas y pleitos que con tal motivo ocurrieron, en los que los nobles actuaron arteramente, según sus medros y ambiciones, disputándose o rechazando a la inocente aunque discutida niña, la hija del Rey, fue dispuesto que su madre, Doña Juana, fuera depositada en el castillo de Alaejos, que pertenecía al Arzobispo de Sevilla. La Reina quedó, de hecho, prisionera, bajo la custodia de un deudo del Arzobispo, Don Pedro de Castilla *el Viejo*, con cuyo hijo de igual nombre, Don Pedro de Castilla *el Joven*, si bien algunos escritores antiguos suponen que fue con otro mancebo llamado Luis Hurtado, Doña Juana llegó a sostener relaciones demasiado íntimas.

Pero, como viera lastimados los derechos de su hija, a la sazón guardada como preciada prenda por la familia de Mendoza en su castillo de Buitrago, Doña Juana sintió la necesidad de personarse en dicho lugar, a cuyo fin convenció a su amigo, ya seducido o seductor, para que le proporcionara la huida de Alaejos, burlando la rigurosa vigilancia de sus celosos guardianes.

La evasión se efectuó con la ayuda del referido Luis Hurtado. En una noche muy cerrada y desde lo alto de la torre del homenaje en que residía, la Reina fue descolgada en un cesto, sostenido por una gruesa cuerda, atada a una reja de su estancia. Mas como se hubiera calculado mal la altura de la torre y la cuerda fuera floja, ésta se rompió al fin por su mitad, cayendo Doña Juana al foso, donde la hallaron herida y lastimada *en la cara y en la pierna derecha*, debiendo ser alzada a la grupa de una mula, en la que Don Pedro *el Joven* y Hurtado la condujeron a Buitrago.

La presencia de la Reina en Buitrago causó honda sensación y esta evasión fue muy sonada en Castilla. Pero, por desgracia para ella, esa acción sirvió más bien para desacreditarla, por descubrirse en seguida aunque ella trató de ocultarla, la crítica situación en que se hallaba, que los cronistas contemporáneos mencionan con las palabras más crudas.

La Reina, en vida aún de su esposo, dio prontamente a luz a un infante que, andando el tiempo, habría de ser conocido con el nombre de Don Apóstol de Castilla. La legitimidad de su hija fue definitivamente puesta en dudas y ello hizo subir luego al Trono a Doña Isabel la Católica.

El otro suceso de Alaejos es más bien pintoresco y sugestivo. Don Rodrigo de Mendoza, Marqués del Zenete, de Ayora y de otros linajudos títulos, a quien la Reina Isabel piadosamente denominara con su hermano Don Diego, como *los bellos pecados del Cardenal Mendoza*, que los tuvo en el castillo viejo del

Real de Manzanares, perteneciente a su padre el Marqués de Santillana, era un hombre atrevido y gallardo como pocos, de lo que en toda su vida dio muestras. Viudo ya en 1506 de una hija del Duque de Medinaceli, su prima, el Papa Alejandro VI había proyectado casarle con la celebrada Lucrecia Borja, matrimonio que Don Rodrigo desdeñó por estar sumamente interesado por otra noble doncella, Doña María de Fonseca, perteneciente a otra de las familias más encumbradas del Reino, la cual le correspondía ardientemente.

Tales pretensiones hallaron por parte de la familia, del Rey Fernando el Católico y hasta del Papa, la más fuerte oposición, moviéndose el del Zenete a asaltar temerariamente una noche al fuerte castillo de Coca, solar de Doña María, como más tarde habría de librarla del Real Monasterio de las Huelgas de Burgos, ceca que *puso toda aquella tierra en armas*.

Mas como Doña María persistiese en sus amores con Zenete, fue encerrada en el mismo castillo de Alaejos, que justamente pertenecía a su padre, Don Alonso de Fonseca, Señor de Coca y de Alaejos, de donde, por un ardid algo parecido al anterior, Don Rodrigo logró también su fuga, desapareciendo de momento misteriosamente ambos amantes.

Tal huída o evasión produjo un gran revuelo y una suma indignación en el Rey y en los familiares. Movilizáronse fuerzas, produjéronse ciertos disturbios y bandos, en favor o en contra de ambas partes y, por fin, fueron hallados los amantes y sometidos de nuevo a prisión, resueltos a evitar su pretendido matrimonio. Pero como Doña María insistiera resueltamente en su actitud, solicitó ser presentada al venerable Cardenal Cisneros, a la sazón Regente del Reino y, de hecho, su suprema autoridad, que la recibió inmediatamente, a fin de amonestarla y hacerla ver la sinrazón de su conducta. La respuesta de Doña María convenció, no obstante, prontamente al eminente y rígido Cardenal. Porque, al preguntarle los motivos que tan resueltamente la movían, Doña María contestó que *no solamente era ya la esposa de Don Rodrigo, sino también su mujer*. Ante semejantes palabras, el Cardenal quedó plenamente edificado y, aplacando las iras del Rey y de los padres, decidió que el matrimonio era indudablemente válido y sin la menor contradicción.

Ambos formaron luego un matrimonio ejemplar. En homenaje a su esposo, Don Rodrigo, gran constructor, como todos los Mendoza, elevó el suntuoso castillo de La Calahorra, en las Alpujarras de Granada, decorado por artistas italianos, expresamente llamados a tal objeto. La Calahorra, afortunadamente intacta, es uno de los más bellos monumentos del Renacimiento en España, cuya visita produce honda impresión, por el con-

traste de su hosco y rudo exterior, en armonía con la recia severidad del paisaje y las refinadas magnificencias internas.

### CASTILLO DE MUÑATONES (VIZCAYA)

Reciente y cuidadosamente restaurada, esta fortaleza constituye el monumento histórico y militar más importante de Vizcaya. Es un perfecto modelo del llamado *castillo vasco*, con su fuerte *alacho* central, rodeado por un alto recinto, sin torres ni elementos flanqueantes y por una barrera exterior que constituye la verdadera defensa activa del edificio, ya que el resto sólo queda confiado a las proporciones de su masa y de su fuerza.

Muñatones es el solar de aquel recio varón que se llamó Lope García de Salazar, hombre realmente excepcional y otro de esos rudos ejemplares de la raza que con tanta profusión los produjera la vieja tierra de España. Desde los dieciséis años, su vida transcurrió en un continuo combate, como actor eminente y principal de aquellas sangrientas banderías que en los siglos XIV y XV no dieron paz ni sosiego a todas las Provincias Vascas. Es realmente milagroso que, dada la eficaz y constante intervención de Don Lope en aquellas crueles contiendas, Muñatones se salvara de aquellos castigos con que los Reyes Enrique III y IV trataron de contener tales desmanes. La torre de Loyola, cuna de San Ignacio, debe a uno de esos *castigos* su desmoche y su presente distancia o división entre sus plantas baja y alta, que fue arrasada. Igualmente, la bella torre de Legazpi, en Zumárraga, donde nació el conquistador de las islas Filipinas, también esmeradamente reconstruída y ejemplo claro de las antiguas defensas de *cadalsos* que precedieron a los matacanes de piedra, fue partida asimismo en dos, a fin de desmantelarla. Pero, por causas que no pueden comprenderse, Muñatones quedó en su real integridad, que le ha permitido llegar casi intacto hasta nuestros días.

Don Lope García de Salazar es un ser verdaderamente legendario. Se le atribuyen nada menos que 122 hijos aunque algunos los rebajan piadosamente a 80 y que la verdad no anda muy lejos de estas cifras, es que su mayor fuerza residió en aquel brillante escuadrón, formado por 40 de sus vástagos, con los que acometió hazañas increíbles aunque crueles, dignas, en verdad, de mejor destino y objeto, ya que el fin preferente de esos bandos era el de devorarse mutuamente unas familias con otras, muchas de las cuales quedaron totalmente extinguidas. Como signo de lo que fueron tales luchas, diremos que en el solo combate de Elorrio murieron 45 hijos y nietos de Salazar.

Pero, al final de su larga vida, el rudo y autoritario Don Lope, que gobernaba a sus hijos y vasallos a golpes de lanza

o espada, sufrió la mayor de las sorpresas, al verse apresado por sus mismos hijos, cuando tenía más de ochenta años, en su propia torre de San Martín de Muñatones.

Ignoramos el modo cómo Don Lope soportó los primeros tiempos de su largo encierro. Pero a él deben la historiografía y la literatura españolas una de sus más potentes producciones, pues que, convencido al fin de la inutilidad de sus lamentos, se dedicó a escribir la crónica o relación de aquellas banderías, tan mezcladas a su vida y acciones, legándonos la bella obra de las *Bienandanzas e fortunas*, que otros, rencorosos y mal intencionados, califican como *las malandanzas e infortunios*, porque allí sacó a relucir todos los vicios, defectos y maldades de los señores feudales y entre ellos los suyos.

El prólogo en que Don Lope explica las razones que le movieron a consumir su obra, retrata su personalidad y da cuenta de sus intenciones y propósitos: «Estando en la mi Casa de San Martín, preso de los que yo engendré e crié e acrecenté e temeroso de mal bebedizo e desafuciado de las esperanzas de los que son cautivos en tierra de moros, que esperan salir por redención de sus bienes o por limosna de buenas gentes e yo, temiéndome de la desordenada codicia a que es por levar mis bienes, como yo los véis levar, que no me soltarian, esperando la imaginación de Dios e por quitar pensamiento é imaginación, compuse este libro...»

Figuras de este temple y vigor abundan extraordinariamente en la historia medieval y bastaría citar a aquella Doña Beatriz de Pacheco, Condesa de Medellín, digna hija de su padre, el turbulento Marqués de Villena, o a aquel recio Clavero de Alcántara, Don Alonso de Monroy, o, en fin, al avisado Conde de Camiña, dueño y Señor de media Galicia, para probar la originalidad y excepción de estos tipos de raza. Doña Beatriz de Pacheco, apenas viuda, choca abiertamente con su hijo, el joven Conde, a quien apoyan y siguen todos sus vasallos. Para sujetar a uno y otros, se apodera astutamente de su hijo, lo encierra en el sombrío algibe de la torre mayor del castillo de Medellín, que aún puede verse y a fin de que nadie logre evadirlo, coloca su misma mesa y lecho encima de la losa que cierra la única entrada a la mazmorra, haciéndose, como dice el cronista, *el centinela y verdugo de su propio hijo, libertado por fin, por fuerza de armas, por sus leales servidores*. Don Alonso de Monroy, el hombre que veía más de noche que de día, consume su larga existencia, tomando y asaltando fortalezas, sin ser jamás vencido y solamente, cuando ya es sexagenario y por los más viles engaños de un yerno, dispuesto desde el momento de serlo a deshacerse de él, consiguen apresarlo por traición, encerrándole en el castillo de Magacela cargado de hierros y ca-

denas. Mas su vigor es tal, que logra escapar por sus propios medios, tirándose sobre el foso, echando los hierros que le sujetaban por delante, los que, por su peso, le arrastraron, lastimándole profundamente, aunque esto no le impidió reanudar su prodigiosa vida de aventuras. En fin, el rudo Conde de Camiña, bastardo del linaje de Sotomayor, cuyo hermoso castillo forma el más bello adorno de la tierra, es otra figura legendaria, cuyo vivir sobresaltado y azaroso es hoy difícil de comprender. Vivió rebelde desde la cuna al sepulcro, actuó en contra de todas las legalidades reales y hasta eclesiásticas y su historia es otra larga serie de episodios, tan batalladores como desconcertantes. Figuras, repito, sin par, cuya reciedumbre cuenta tanto como los muros de sus potentes fortalezas.





## FLAMULAS EN JADRAQUE SOBRE EL CASTILLO DEL CID

(Los Amigos de los Castillos participaron en el homenaje  
cidiano-mendocino)

**N**UESTRO BOLETÍN cuenta con grandes simpatías en Castilla y a la hora de los actos importantes se le tiene en cuenta. El cronista recibió una invitación del Gobernador Civil de Guadalajara, del Rvdmo. Sr. Obispo de la Diócesis Seguntina, del Presidente de la Diputación Provincial y del Alcalde del Ilustre Ayuntamiento de Jadraque, a los actos cidiano-mendocinos que, bajo la presidencia de honor de S. E. el Caudillo y Jefe del Estado, tuvieron lugar el domingo día 14 de junio en el memorable castillo del Cid, enclavado en la villa.

Salimos temprano de Madrid por carretera y pronto la mañana tuvo celajes de tormenta, como si se fuera a repetir el pedrisco de la tarde anterior. Cuando llegamos a la hermosa villa alcarreña, ya estaban allí las autoridades y las altas personalidades invitadas a los actos: el Arzobispo de Sión y Vicario General Castrense, D. Luis Alonso Muñozerro; el Obispo Auxiliar

de Madrid, D. Juan Ricote (ambos mitrados son naturales de la provincia, el primero nació en Trillo y el segundo en Congostrina); una representación del Excmo. Ayuntamiento de Burgos, otra de la Asociación Española de Amigos de los Castillos, con nuestros compañeros Sres. Rico de Estasen, Rull y Bordejé a la cabeza; más las de las ciudades de Guadalajara, Alcalá de Henares, Molina de Aragón, Sigüenza, Pastrana y los pueblos limítrofes. Las ruinas del imponente y maravilloso castillo coronan un cerro de escarpadas y cultivadas laderas, que hubo que escalar porque en su histórico recinto se iba a celebrar una solemne misa de campaña, oficiada por el Vicario General, acto que deslució la lluvia y que hubo de celebrarse en el templo parroquial, porque la fortaleza está desmantelada por dentro y no existe albergue posible. Se descubrió una «Lauda», homenaje al gran Cardenal Mendoza, en los muros del castillo del Cid, que restauró aquel purpurado. Después de las recepciones y bienvenidas en el Ayuntamiento, se rezó un responso en la iglesia por el alma de D. Pedro González de Mendoza, con preces rituales por quienes vivieron en el castillo del Cid. Fueron llegando riadas de forasteros y de invitados a los actos cidiano-mendocinos, muchos de ellos hijos ilustres de la provincia y algunos periodistas de Madrid, los del No-Do y la Radio también, sin olvidar la plana mayor de Guadalajara. La villa de Jadraque vivió un día extraordinario y de gran relieve en su historia.

Tuvo lugar asimismo un acto literario e histórico en homenaje a las sombras tutelares de aquellas tierras hispánicas, hablando miembros de las representaciones citadas, el Alcalde de Jadraque, D. Mariano Ormad; el escritor D. José de Juan, en nombre de la ciudad de Guadalajara; D. Gregorio de Lucas, en el de Alcalá de Henares y las «Rutas del Cid»; el Teniente Alcalde de Burgos, en nombre de la cabeza de Castilla; el magnífico poeta jadraqués D. José Antonio Ochaita—que ha sido el alma en la organización de estos actos—habló en nombre de su tierra, en forma bellísima y muy centrada en la historia del castillo y la villa de Jadraque, con tonos de encendido patriotismo y de acendrada catolicidad. Cerró el acto literario-histórico el Gobernador Civil Sr. Pardo Gayoso, que como todos los demás oradores, fue largamente aplaudido por una multitud entusiasmada.

A continuación hubo un «yantar de honor» con platos sabrosos y típicos del país, entre los que predominó por su excelencia el cabrito asado a la barreña, que es creación de la cocina jadraquesa, todo regado con abundantes caldos castellanos, frutas y postres a no pedir más.

El Ministerio de Información, por medio de su delegado en Guadalajara, Dr. José Martialay, había exornado bellamente con tapices y gallardetes el castillo del Cid. Jadraque es una her-

mosa población de 2.000 habitantes, con buena iglesia, obras de arte, viejas casonas blasonadas, barrios pintorescos y unos paisajes de maravilla sobre el valle y la vega. Todo antaño se acogía al amparo de la recia y empingorotada fortaleza de soberbios cubos almenados, dentro de cuyo recinto los Mendoza, como los pregona el aún llamado «balcón del Cardenal», que se abre en el principal lienzo de murallas, llevaban una existencia palaciana y alcazareña, de grandes y cómodos señores renacentistas, aficionados al amor, a la guerra y a la cetrería. Su historia es tan interesante como su emplazamiento, que constituye por sus nobles casonas de los Arias Saavedra, los Verdudo de Oquendo y muchos otros apellidos ilustres, así como por su abundancia de agua y su fresco clima de altura, un delicioso lugar de veraneo, cómodo y rodeado de belleza. Entendiéndolo así, allí residió a temporadas Jovellanos, y Goya moró asimismo, aunque este último buscó refugio en Jadraque huyendo de los «mamelucos».

Al caer de la tarde enfilamos de nuevo la carretera que había de volvernos a Madrid, pasando por Hita, la del famoso Arcipreste, que si hoy la viera no la conociera, y llegamos a la capital bien entrada la noche.

J. S. D.



## Excursión a Coca, Iscar y Portillo

CON motivo de la reciente restauración del castillo de Coca, cima, como se sabe, del arte mudéjar español y ejemplo superior de fortaleza de los últimos periodos medievales, surgieron algunos incidentes en los que el que estas líneas escribe se vio obligado a intervenir, no por capricho o por sistema, impropios de su temperamento y modestia, sino para responder a unos apremiantes llamamientos, hechos por autorizadas personas y guiado por esa íntima vocación que desde siempre ha inspirado a nuestra humilde vida, consagrada por completo al estudio, respeto y veneración de todas las Piedras del Arte y de la Historia de España y, dentro de ellas, de las de sus antiguos monumentos militares, en los que nuestra Patria se formó y se sostuvo y en los que se encarnan algunos de sus más altos valores espirituales, artísticos y arqueológicos.

Los primitivos proyectos de la restauración se dirigían a convertir a tan magna fortaleza en *silo de trigo*, como se hacía o había hecho ya en Arévalo y Torrelobatón. Semejante destino suponía, y en algunos casos, como el de Torrelobatón, sigue en nuestro sentir suponiendo, un verdadero atentado y depreciación hacia esos insignes monumentos, representativos de un arte exclusivo y singular que, aunque todavía no estudiado ni estimado en sus exactas proporciones, forma uno de los conjuntos más valiosos y expresivos de la arquitectura española, que, como algún día habrá por fin de comprobarse, posee en esas nobles construcciones un preciadísimo tesoro, lleno de peculiaridad e interés, por su grande y superior originalidad en edad, origen y estructura, respecto a sus similares de los otros países de Occidente.

Pero si al intrínseco valor militar del castillo de Coca, único en Europa por algunos de sus rasgos, se añade el de su espléndido mudejarismo, que le constituye en pieza capital de ese otro arte tan íntimamente español, se verá que la idea de transformar a tan ejemplar edificio en silo no podía de ningún modo tolerarse, por mucho que se adujera que era el solo medio de salvarlo de la ruina. Todo Estado consciente de su misión está obligado a proteger y amparar sin excusa alguna a cuanto presente valor espiritual, histórico o artístico, como sagrada herencia de las pasadas generaciones, que en esos monumentos nos legaron lo mejor y más noble de sí mismas.

Esas evidentes razones merecieron por fin la debida atención y la inevitable restauración del castillo, con un fin marca-

damente industrial, fue afortunadamente desviada, destinando a la artística fortaleza a albergar una Escuela Nacional de Enseñanzas Agrícolas y Forestales, que, como acabamos de ver, cuida en extremo al resucitado edificio y lo mantiene con el decoro y propiedad que sus antecedentes exigen.

Como consecuencia de aquellos incidentes, la primera excursión organizada por la Asociación tuvo por objeto la visita de Coca, la cual, por ciertos detalles y sucesos, fue memorable a los efectos entonces perseguidos. Pero desde allí no se había vuelto, y esa larga ausencia nos incitó a proponer a la Junta directiva y a la Sección de Geografía e Itinerarios un nuevo viaje a Coca, que habría de proseguirse hasta Iscar y Portillo, cuyos castillos son merecedores también de atención, por sus respectivos y muy destacados caracteres.

El viaje se concertó para el día 27 de septiembre próximo pasado y resultó tan asistido, que, con harto sentimiento, hubo que limitar las plazas a un solo autobús, aunque hubiera podido llevarse otro más, porque en la modesta y reducida fonda de Coca, única del lugar, donde se come bien y se es atentamente recibido, no se comprometieron a preparar alimentos para un mayor número de comensales. La cuestión de las comidas es una gran dificultad para efectuar muchas e interesantes excursiones, por el tiempo que se pierde y la necesidad de tener que localizarlas en determinados sitios, únicos que pueden suministrarlas. Ello impide extender el radio de acción de los viajes hasta lugares cuya visita sería necesaria y de verdadera satisfacción y placer, por la calidad de los monumentos en ellos existentes.

La del castillo de Coca fue detenida en extremo porque, por la atención del Ministerio de Agricultura, cuyo permiso fue generosamente concedido y por la bondad del Sr. Director de la Escuela y de su personal, que con el Sr. Alcalde de la villa nos esperaron y asistieron con la mayor cortesía y gentileza, los visitantes obtuvieron la más amplia libertad para recorrer el monumento por fuera y por dentro, sin dejar de ver y de admirar todos sus pormenores, desde lo alto de la ingente torre del homenaje hasta las profundidades del gran foso.

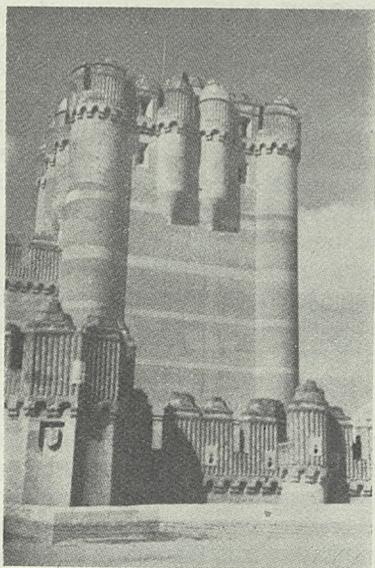
Apenas llegados, fuimos invitados por el Sr. Alcalde a un suculento entremés, celebrado en una de las salas bajas del castillo, sin que luego consiguiéramos, según teníamos previsto, que el mismo Sr. Alcalde nos honrara, acompañándonos a nuestra mesa, porque ineludibles circunstancias le obligaban a ausentarse. Mas después de tan amable invitación, los excursionistas, a quienes, aparte del minucioso prospecto o guía que, como de costumbre, se había entregado a cada uno, habíamos dado previamente en el coche una larga explicación sobre los antecedentes y caracteres, tanto artísticos como militares de esa in-

imitable construcción, se dedicaron, guiados por el que suscribe y por el Dr. Velo y Nieto, de la Junta Directiva, a admirar paso a paso sus rincones, recorriendo enteramente el edificio por fuera y por dentro y terminando por descender al foso, asimismo rodeado en toda su extensión, porque, para apreciar la grandeza de la obra de Coca como fortaleza, es absolutamente indispensable contemplarla en todos sus frentes desde esas profundidades, donde se manifiesta su extraordinaria magnitud.

El valor artístico del castillo de Coca es sobradamente conocido, dentro y hasta fuera de España, como espléndida cumbre del mudéjarismo. Ello excusa de describirlo en ese aspecto, aunque sí diremos que, contra lo que muchos creen y esperan, ese arte se sale aquí de las normas habituales a que el mudéjar nos tiene acostumbrados en sus restantes producciones. El mudéjar de Coca es singular, reviste modalidades muy propias y exclusivas y sus fastuosas ornamentaciones se oponen a esas conocidas y bellas tracerías, corrientes en los monumentos toledanos, aragoneses y otros, para formar unos sorprendentes y originales conjuntos que solamente allí pueden hallarse. Los moriscos alarifes autores de tan alta obra, pusieron a contribución en este castillo lo más puro y delicado de sus concepciones y en unos admirables juegos de relieves y estucos, éstos por desgracia hoy muy borrados, de bandas y lazos y con un profundo sentido de los contrastes entre los sencillos materiales—el ladrillo y el yeso—de que se servían, llegaron a componer un arte original, del más subido valor, que únicamente en Coca puede admirarse.

Pero las manifestaciones mudéjares, aquí tan extraordinariamente culminadas, nos obligan también a meditar en un hecho, sin el cual, traspasados ciertos límites históricos de los siglos medievales, aquéllas no se produjeran, reduciendo, por lo mismo, el alcance y extensión de dicho arte. Es un hecho sobre el que conviene insistir, tanto porque, según creemos, apenas ha sido visto ni considerado hasta ahora, como porque en él se descubre un aspecto muy importante del carácter español, sobre el que propios y extraños han divagado, a veces, con injustas e impropias, cuando no interesadas, acusaciones.

El arte mudéjar, en general, con cuanto supone y representa, no tiene igual ni precedentes en ninguna otra arquitectura y, por lo mismo, en ninguna otra sociedad medieval europea, ya que las escasas producciones de Sicilia no alcanzan las raíces e identificación que las nuestras. Pero lo tienen mucho menos, estas construcciones del siglo XV, que en las puertas del Renacimiento, acusan en nuestro conjunto nobiliario del tiempo, una suma de inteligencia, tolerancia y comprensión, que eleva y ennoblece a aquellas Cortes y magnates de los últimos reinados



Castillo de Coca.

Vista parcial de uno de los torreones restaurados.



Plaza de armas del castillo recientemente restaurada.

*Foto Benavides.*

medievales de España, únicos en comprender y admitir, a comenzar por los Reyes, para todas sus fundaciones, religiosas, palacianas y, como se ve, hasta militares, un arte tan refinado y sutil, cuyos autores eran realmente unos modestos alarifes moriscos, de ordinario moros no convertidos, en los que además se revivían y plasmaban las tradiciones artísticas puramente musulmanas. El fundador del castillo de Coca fue un gran Prelado de la Iglesia, D. Alonso de Fonseca, Arzobispo de Santiago y de Sevilla, quien por ello no halló la menor dificultad, según vemos, en confiar su esplendorosa creación a aquellos alarifes, que tan cumplidamente supieron responderle. Por ello, si nuestras sociedades nobiliarias del siglo XV, continuamente dadas a rebeliones y banderías, cuyo estudio está totalmente por hacer, a pesar de la importancia del tema—la psicología de la nobleza castellana y aragonesa del tiempo nos descubriría aspectos insospechados, alguno de ellos en relación con la misma fundación de las fortalezas señoriales—fueron harto desdichadas en sus empresas políticas, hay que reconocer su amplia y magna cultura, capacidad y llaneza, por las que lograron alcanzar las más gloriosas cumbres en muchas de sus manifestaciones intelectuales y estéticas.

Pero si artísticamente el castillo de Coca asciende a cuanto decimos, como fortaleza raya a la misma altura. Su origen reside, sin duda, en los deseos del Arzobispo fundador de poseer cerca de Segovia, habitual residencia del Rey Enrique IV, a quien él había desposado y del que fue uno de sus más favorecidos servidores, una mansión capaz de albergarle reciamente, en caso de alguno de aquellos apuros, tan frecuentes en el tiempo, a la vez de proporcionarle la más suntuosa habitación, digna de su conocida fastuosidad y de su linaje. Es el mismo doble objetivo perseguido, en la misma época y acaso en los mismos días, por don Beltrán de la Cueva, en el castillo de Cuéllar, con la circunstancia de que ambos magnates no vieron acabadas sus obras, que hasta muy entrado el siglo XVI no habrían de ser terminadas, si es que lo fueron por completo, lo que, por ciertos detalles, en Coca no debió tener lugar.

Para lograr sus intentos, D. Alonso de Fonseca permutó el Condado de Saldaña, que le pertenecía, con los señoríos de Coca y Alaejos, otorgados en 1448 al Marqués de Santillana y sobre el emplazamiento de una vieja fortaleza, cuyos restos en parte subsisten, ideó levantar de nueva planta la presente construcción, a base de un doble recinto—el cuerpo del castillo-palacio y la barrera—, dotados de poligonales torreones angulares, cuajados con las bellas decoraciones que sabemos, y amparados por una poderosa torre del homenaje, en la que se resume y ostenta, como corona y guión, la expresión señorial del fundador. El recinto

interior residencial adopta un trazado cuadrado, levemente irregular, que se transmite a toda la construcción. Su puerta principal y única presenta el doble aspecto del edificio, pues sus elegantes ornamentaciones, ya bastante borradas y difusas, se acompañan de unos elementos defensivos—rastrillo, buheras, troneras flanqueantes y alto y prolongado matacán—, imposibles casi de forzar. Y en todos sus pormenores se ve la continua preocupación de sumar lo suntuoso con lo fuerte, el lujo con la defensa.

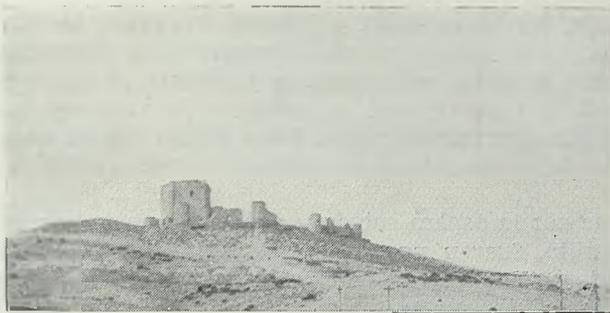
La barrera, en la que reside la cifra de esos portentos artísticos, es también la verdadera pieza de combate, con sus enormes taludes, bien pensados y concebidos; sus torreones angulares, armados hasta en sus fondos por troneras acasamatadas superpuestas, para batir desde el foso las sucesivas rasantes y crear una amplia serie de fuegos combinados con los de las cortinas, y sus dos puertas, la del campo y la del interior al recinto de la villa, de las cuales la primera quedó sin terminar y no fue nunca utilizada y la otra fue dotada de un puente fijo de dos altos arcos, en lugar del levadizo, que seguramente de principio se habría proyectado. La restauración, al urbanizar y allanar el terreno exterior del castillo para crear una especie de ronda o de camino que facilite su completo recorrido por fuera, ha elevado demasiado el suelo opuesto a la primera de las citadas puertas, donde la contraescarpa, que allí comenzaba su levantamiento artificial, quedaba muy alzada y al aire, para demostrar que esa entrada jamás se acabó ni empleó. Pero el hecho está suficientemente atestiguado, y, aunque ahora se ha cerrado con hojas de madera esa salida, ella misma enseña también lo que afirmamos.

Pero la maravilla militar de Coca se halla en el foso, ejemplo, creemos, igualmente sólo en su clase, porque no admite comparaciones con ningún otro, a no ser los de las fortificaciones abaluartadas. Es un foso amplio, profundo, dotado de cuidadosas salidas, admirablemente batido en todas las direcciones y ángulos y rodeado por una alta y espesa contraescarpa, asimismo ataludada. Esta contraescarpa ostenta también la particularidad de no tener rival, porque, por la especial disposición del emplazamiento del castillo, sobre pronunciado declive del terreno, una buena parte de la misma se vio obligada a levantarse desde el suelo artificialmente, formando otro recio y nuevo recinto por el frente más accesible y vulnerable de la fortaleza. El foso de Coca es por sí solo otro grandioso monumento militar, que cuenta con admirables pormenores, de los cuales debe citarse el esbelto obelisco o estribo de un puente levadizo, correspondiente a la puerta inacabada que citábamos, cuyos antecedentes solamente se encuentran en las lejanas fortificaciones de Oriente.

Sobre los efectos de la restauración, es difícil y aventurado pronunciarse. Al menos, no es propio de este lugar y relación, pero, desde luego, hay que convenir en que en cuanto concierne al conjunto del castillo, no hay duda de que la gran unidad y presencia dada al mismo impresiona grandemente a quien lo contempla. Acaso se hayan borrado ciertos elementos originales que hubieran debido conservarse y se haya remozado demasiado a ciertas partes, provocando una impresión de cosa nueva y perfecta y alejando aquella atrayente evocación que las ruinas poseían, consecuencia inevitable, aunque lamentable, de toda restauración que traspasa los límites exclusivos de la simple conservación. Pero el castillo está esmeradamente cuidado y asistido, vestido por dentro con sencilla y bien meditada propiedad, merecedora de aplauso y de estima. El patio que centra su interior, anteriormente totalmente vacío, es igualmente obra admisible y bien pensada, dentro, naturalmente, de lo que impone la ya ineludible realidad. En él se han restituido algunas de las antiguas columnas de orden clásico, arrebatadas por aquella inicua venta hecha en 1828 por aquel desdichado, aunque aprovechado, administrador de la Casa de Alba, quien para cederlas por el irrisorio precio de 40 reales pieza, no vaciló en consumir la completa ruina del edificio. Como las columnas rescatadas fueron pocas, se ha constituido con ellas la galería alta del patio, tallando otras semejantes, para completar las restantes arquerías con que dicha galería se prolonga. Como en Cuéllar, la traza y orden compuesto de esas columnas aseguran la no terminación del edificio hasta el pleno siglo XVI.

Luego del castillo, se vio la antigua muralla, con la Puerta de la Villa, retocada también por la restauración, al quitarle el tejado que cubría a su planta alta, donde en tiempos residiera la prisión. Hubiera valido la pena de abrir las ranuras o canales del rastrillo, que componía su defensa principal, y dotarla de su original almenaje. Por último, se visitó asimismo a la amplia iglesia gótica, a fin de rendir homenaje al Arzobispo fundador y admirar los otros sepulcros, todos platerescos, de sus familiares, siendo bondadosamente acogidos por el señor párroco, que se dignó dar algunas explicaciones sobre dichos enterramientos y sobre la lauda funeraria de aquel D. Antonio de Fonseca, el delador de Medina del Campo en tiempos de las Comunidades, hecho que apagó y anuló algunos otros buenos servicios rendidos a España y al Emperador Carlos V por el mismo prócer.

\* \* \*



Castillo de Iscar (Valladolid).

Aunque el tiempo amenazaba, se decidió, luego de almorzar en bien servida comida, continuar el viaje a Iscar, cuyo castillo aunque ya muy dislocado e incompleto, posee una Torre de Homenaje, elegante y ejemplar, por sus líneas, que le dan una gran prestancia señorial y por el complicado sistema de sus accesos que, de hecho, la hacían absolutamente inexpugnable. Es una torre de planta pentagonal, construida en excelente sillería y flanqueada por unos torreones y cubillos angulares que la sostienen y refuerzan en toda su altura. Unas graciosas «guaytas», descansadas sobre torneadas repisas y alternadas con corridos matacanes, coronan su plataforma, en cuya punta o espolón se alza otra torrecilla, doblemente blasonada con las armas en relieve de la Casa de Miranda, a la que perteneció.

Pero su mérito principal, que, en cierto modo, le hace también única y, desde luego, superior a los variados ejemplos que conocemos de su clase, reside en la disposición de su ingreso, pues que para poder entrar en la torre, había que sortear una serie de ingeniosos obstáculos, muy difíciles de vencer. La torre se rodea por detrás de un corto recinto, flanqueado por tres altos torreones casi juntos, a cuya cima había que llegar, forzando unas puertas y una empinada escalera que conducían a una pasarela levadiza, fácilmente desmontable, tras la que se encontraba la entrada, alzada sobre la segunda planta y, naturalmente, cerrada con portones y trancas. Sistema, cual se apercibe, diestramente concebido, que mejora a los de los Homenajes de Portillo y Fuensaldaña y que enseña las desconfiadas precauciones adoptadas por los nobles del siglo XV, al que estas fortalezas corresponden.

Por desgracia, este extraordinario y señorial monumento está amenazado de ruina y si no se le atiende pronto, como altamente lo merece, corre el peligro de sumarse al triste estado del resto del castillo, sumido ya en franca descomposición. Era una plaza

muy fuerte, por su posición y trazado irregular, bien adaptado al terreno y en algunos de sus desmantelados torreones se advierten unas troneras rectangulares y rasantes, propias más bien del siglo XVI. Claro es que la fortaleza proviene de más lejos, como señorío que fué del noble Alvar Fáñez, según atestigua el Infante D. Juan Manuel en su libro de Patronio o del Conde Lucanor.

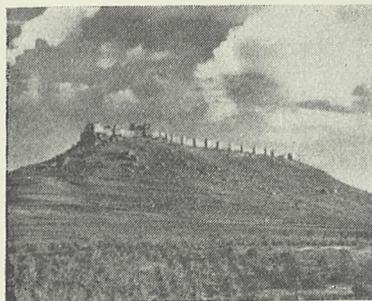
Aunque por la áspera subida y por la altura en que se emplaza el castillo, fueron pocos los que se decidieron a escalarlo, éstos tuvieron la desgracia de verse sorprendidos por una imponente tormenta, que en semejantes cimas y entre aquellas ruinas alcanzaba impresionante resonancia. Malamente refugiados en las bóvedas y huecos de unas saeteras, pasaron por ciertos momentos de apuro, si bien hay que señalar en su favor y, sobre todo, en el de las animosas e intrépidas excursionistas que allí se encontraban, la serenidad y entereza con que supieron resistir tan copiosos aluviones y los accidentes del descenso, en plena lluvia, que por el estado de las sendas dieron lugar a unas cuantas caídas, de las que, por fortuna, nadie salió mal librado sino en su empapada indumentaria.

La estancia y la bajada del castillo constituyeron, de momento, un curioso espectáculo para el vecindario y una inmensa zozobra para quienes en el coche esperaban. Pero, a la vista del indudable riesgo que corrían, los hidalgos habitantes de Iscar reaccionaron vivamente, subiendo al encuentro de los malaventurados viajeros y atendiéndoles después con una solicitud sin igual, a fin de que se secaran y limpiaran de tan completa mojadura y de los montones de barro que cada uno llevaba. Semejante conducta, en la que rivalizaron todas las clases del pueblo, nos compensó de las tribulaciones sufridas y todos quedamos hondamente agradecidos a aquellos buenos vecinos, de quienes siempre nos acordaremos y a los que desearíamos poder corresponder alguna vez.

Era natural porque la tormenta arreciaba y los caminos eran muy inseguros y hasta peligrosos, que se suspendiera la visita de Fortillo, dejándola para mejor ocasión. Así, dióse la vuelta a Olmedo y a la carretera general, emprendiendo el regreso a Madrid, sin otra detención porque el tiempo lo permitía, que una rápida visita a la Iglesia de Villacastín, cuya grandeza aunque apreciada de noche, impresionó a todos, vivamente sorprendidos por la majestuosidad del templo y de su hermoso altar mayor. Como esta misma iglesia figura entre los objetivos de una próxima excursión, dejamos para entonces la descripción de su conjunto y pormenores, merecedores de ser bien conocidos y admirados.

Madrid, octubre de 1959.

FEDERICO BORDEJE



## Visita a Ayllón, el Burgo de Osma y el castillo de Gormoz

El castillo de Burgo de Osma.

SI como fortaleza, el castillo de Gormaz es, según es sabido, único en Europa, como monumento histórico posee antecedentes asimismo sin par, pues que en esa alcazaba árabe, todavía hincada en las tierras del alto Duero, reside una de las principales bases de la Reconquista, ya que, al caer Gormaz en manos cristianas, arrastró con ella a toda la línea fortificada del río y dio base a la ingente actividad del siglo XI, el siglo que, según Menéndez Pidal, fue el signo capital y decisivo de la recuperación peninsular así como de la irremediable decadencia musulmana.

Ello hace que la magna fortaleza sea continuamente visitada por arqueólogos e historiadores, que allí hallan muchas inspiraciones y enseñanzas. Pero ninguno se ha acordado de que el 16 de julio del presente año se cumplía *el milenario*, si no de su fundación porque Gormaz viene seguramente de mucho más lejos, según enseñan los vestigios allí encontrados, al menos, de su reconstrucción y ese olvido hacia tan ingente monumento, presea de la Arquitectura militar española y permanente fuente de uno de los momentos más importantes de su historia, indica la ligera inconsecuencia con que procedemos, causa y origen de muchas de nuestras amargas realidades.

Para compensar ese incomprensible olvido, el señor Bordejé, miembro de la Junta directiva de la Asociación, había propuesto la visita de Gormaz, en una fecha lo más aproximada a la del referido *milenario* y por ello y dirigida por él y por los señores Villena, Rull y Rico de Estasen, asimismo de la Junta directiva, el día 12 de julio, se organizó la excursión que, además de Gormaz, habría de detenerse en Ayllón y en El Burgo de Osma, visitando, de paso, el castillo de la venerable matriz de la pujante villa episcopal.

Como, por su lejanía e importancia, el citado Burgo y Gormaz eran, diríamos, las piezas fuertes del recorrido, se había acordado no detenernos en Ayllón más que para ver el espléndido palacio gótico de los Contreras, falsamente atribuido, a veces, al Condestable D. Alvaro de Luna quien, si efectivamente residió en el lugar, que era suyo, pasando allí, según quieren algunos historiadores, «las horas más serenas y felices» de su ajetreada vida, no pudo levantar tan bella construcción, erigida en 1497 por la familia segoviana que le da nombre.

El palacio o, mejor dicho, su portada, es verdaderamente hermosa y forma una de las joyas, un tanto olvidadas, de aquella arquitectura cortesana en que el arte gótico, en vías ya de sucumbir, promueve unos resplandores, ciertamente inapreciables y grandiosos. Es una fachada majestuosa y bien proporcionada, centrada en su conjunto por la blasonada puerta, de insuperable aire nobiliario. Al interior, hoy habitado por familia que, con toda cordialidad y cortesía, permitió su visita, conserva todavía algunos restos de su primitiva ornamentación, entre ellos, algún artesonado.

El palacio se alza junto a la antigua puerta principal del recinto, llamada «del Arco», que, situada frente al puente sobre el río, que allí toma el mismo nombre del pueblo, abre su amplia entrada, defendida en lo alto por robusto matacán y encuadrada por las armas del Marqués de Villena, el aprovechado heredero de los bienes y estados del desgraciado Condestable.

El tiempo no permitía ascender hasta los encimados restos del castillo, fortaleza en tiempos de gran extensión, donde todavía se yergue intacta la enigmática Torre pentagonal llamada «la Martina», a la que los viajeros se limitaron a saludar desde abajo. Tampoco pudieron visitarse las vetustas y románicas iglesias, algunas de las cuales, como la muy importante de San Juan, han desaparecido casi totalmente, pudiendo únicamente penetrar, por la atención del señor párroco, en la de San Miguel, convertida en escuela y local de recreo de la Acción Católica, donde se recogieron unos buenos aunque muy destrozados sepulcros, procedentes de los templos arruinados. Aparte de ello, Ayllón ofrece también la estampa de su extraño y encrucijado caserío, con sus pórticos sustentados sobre postes de madera y sus vetustos y pintorescos edificios, en los que un artista sensible puede llenar unos cuadernos de apuntes, a cual más interesante y sugestivo.

En principio, se había pensado detenerse también en San Esteban de Gormaz, la «Puerta de Castilla» de los árabes, para evocar junto a su histórico puente el paso de todas las huestes e invasiones que cruzaron el suelo de España hasta el mismo siglo XIX y contemplar las extensas ruinas de su recinto y castillo,

otra de las llaves del Duero y las inimitables iglesias románicas de Nuestra Señora del Rivero y San Miguel, dotadas de esos pórticos o atrios que forman una de las singularidades de las construcciones religiosas de la tierra. Pero el tiempo apremiaba de tal modo que lo único que pudo hacerse fue saludar desde lejos a esos venerables restos y monumentos, recordando y rindiendo el merecido homenaje a sus altos valores tradicionales.

El primer monumento visitado en el Burgo de Osma fue, naturalmente, la Catedral, donde, por atenta concesión del ilustrísimo señor Obispo y del reverendo señor Deán del Cabildo, los excursionistas fueron acogidos por el señor Maestrescuela D. Bartolomé Marina que, paciente y muy amablemente, les mostró todas las riquezas del grandioso templo, incluyendo el valioso museo y la amplia biblioteca, en donde se muestra entre vitrinas, parte de su inapreciable contenido, en el que se destacan «el Beato», de 1086, la espléndida Biblia del siglo XIII, con los misales y cantorales, llenos de delicados miniados y la colección de incunables, una de las más completas que existen. Todo fue detenidamente visto y admirado, teniendo además el señor Maestrescuela la atención de regalar a los viajeros un ejemplar de un folleto por él compuesto en honor de Nuestra Señora del Espino, hermosa imagen mariana, venerada en la Catedral, en el que se contienen muchas noticias de la historia del templo.

La Catedral del Burgo de Osma, no obstante su importancia arquitectónica, es poco conocida, como, en general, sucede con todo lo referente a la tierra soriana. Consta de tres amplias naves, aparte las de las capillas laterales, encierra grandes riquezas de todo orden, entre las que sobresalen el románico sepulcro de San Pedro de Osma, cuyos relieves enseñan ciertos detalles sobre la antigua fortificación y armamento; el gran retablo mayor, obra precursora de Juan de Juni que, traído primeramente a Osma por el insigne Obispo Acosta, iba a adquirir después, como el Greco, la más profunda españolización; el blasonado púlpito del Gran Cardenal Mendoza y otra larga serie de rejas, esculturas y ornamentos que convierten al templo en un prodigioso museo, en el que todas y cada una de las épocas y modalidades del Arte, a comenzar por la del románico inicial, tienen su cumplida representación. La suntuosa Capilla del Venerable Obispo Palafox, hecha con fastuosos mármoles de la tierra, rivaliza con la espléndida sacristía, cuya sola bóveda barroca vale un portento y a su lado, las dos salas capitulares románicas, una de ellas ya bastante desnaturalizada y el gran claustro ojival contribuyen a formar ese grandioso conjunto catedralicio del que el Burgo de Osma justamente se ufana.

Aparte del gran templo diocesano, se admiraron las otras nobles construcciones del lugar, como el Seminario Conciliar, la

Casa Consistorial del siglo XVIII y el magno Hospital levantado en 1700 por el Obispo Arévalo. A cuenta de la antigua Universidad de Santa Catalina, que constituye, en importancia, el segundo monumento del Burgo, no pudo contemplarse más que su amplia y magnífica portada del siglo XVI porque, convertida en instituto laboral y por ser día festivo, no se pudo penetrar para ver su patio renacentista y su monumental escalera. Todo ello hace del lugar un impresionante conjunto urbano, secundado por algunos pintorescos rincones, llenos de evocación e interés y por los restos del antiguo recinto amurallado, con que el célebre y guerrero Obispo Montoya, reconstructor del castillo de Utero y de algunas otras fortalezas episcopales, fortificó a mediados del siglo XV a la población.

A continuación del Burgo, se había pensado visitar al castillo de Osma, en homenaje a ese modesto pueblecillo que, recostado en las laderas del monte donde se alzan las extensas y abandonadas ruinas de la gran ciudad ibérico-romana de Uxama, cuyo abandono es increíble por la gran importancia que obtuvo, señalada por Schulten y otros grandes arqueólogos, y por la prometedora riqueza que sus escasos sondeos y excavaciones han puesto de manifiesto, oculta hoy sus pasadas glorias, eclipsadas por su hijuela del Burgo, que realmente la ha anulado por completo. Osma, la histórica y legendaria Osma, pilar capital de la reconquista castellana, cuyos asaltos, asedios y saqueos debidamente autenticados, se suman por cifras y cabeza de una de las Sedes episcopales más antiguas de España, es el único lugar de Soria que, con la capital, ostenta el honroso título de *Ciudad*, categoría a la que, no obstante su actual pequeñez y humildad, corresponde dignamente, por encima de esos otros grandes pueblos provinciales que si le ganan en riquezas, opulencia y extensión, han de hallarse siempre subordinados a este modesto y reducido lugar, cuya ingente superioridad y merecimientos históricos, todos reconocen y respetan. El noble pendón de Osma encierra y simboliza un mundo de abnegación y de heroísmo y en él y en ese rango de la antigua jerarquía urbana, cuya importancia hoy nadie cuida de advertir, a pesar de ser uno de los rasgos más notables y exclusivos de la constitución municipal española, que ningún otro país posee—la «City» de Londres y las llamadas «Cités» de París, Carcassonne y alguna otra de Francia son cosas muy diferentes y, desde luego, inferiores y no oficialmente generalizadas—en esa categoría, repetimos, ha de verse lo que Osma fue y las glorias legítimas que su sólo nombre representa.

Pero el castillo de Osma, fortaleza de gran consideración, compuesta en parte con materiales romanos de la vecina Uxama, visibles en algunos de sus lienzos, se alza sobre un elevado cerro

roquero, independiente y frontero a la ciudad y como su visita pudiera entretenernos demasiado, se estimó dirigirse primeramente a Gormaz, dejando para el regreso la ascensión al castillo osmense.

De Gormaz habría tanto que decir, a pesar del triste estado en que se encuentra, que es imposible expresarlo en unas breves líneas como éstas. Para el que suscribe, la visita al legendario castillo, supone siempre una auténtica emoción, compartida solamente por algunos otros monumentos. Es una emoción que se traduce hasta físicamente, pero todos aquellos que conozcan lo que esta fortaleza fue y supuso y el real valor que tiene, no solamente por sus elementos arqueológicos y constructivos sino por su evocador ambiente—masa que avanza y corta las solemnes y austeras soledades de la tierra más severamente castellana—podrán comprender la efectiva emoción que la sola vista de estos sagrados muros puede producir a quien, aunque de lejos, proviene de estos mismos solares y cuya vida se animó y se sostuvo por la permanente adoración y respeto de las viejas Piedras militares.

Gormaz, el «castiello tan fuort» del Poema del Cid, es, en principio, una verdadera alcazaba musulmana y bizantina, alzada, como decíamos, en plena tierra del Duero, es decir, a unas alturas o latitudes completamente insospechadas aunque en esto sea aun superado por el «Arco califal» de Agreda y la valiosa e ignorada torre, igualmente musulmana, de Noviercas. Pero es también «el castillo más extenso de Europa» porque, con sus 446 metros de longitud interior, sus 80 metros de anchura y sus 1.200 metros aproximados de recinto, no hay ningún otro que le iguale. Si se añade que casi en su totalidad es obra compuesta de labrados sillares, entre los que se mezclan algunas piedras artísticas incrustadas en sus muros, provenientes de edificios visigodos y anteriores—los «escudos» que decían el buen Alcalde de Gormaz y sus labradores—se verá lo que supuso semejante construcción, visitada cuatro días antes de cumplir su milenario. Por ello y con la mayor razón, debe repetirse aquí la afirmación del docto y serio Catedrático D. Luis Díez del Corral, bien autorizado para expresar éste y otros muchos juicios, de que «nada hay ni hubo en la Europa del siglo X que de lejos pudiera compararse con Gormaz». Es que Gormaz es una de las más altas cimas a que puede llegar un arte constructivo y cuéntese con que en su lastimoso abandono ha desaparecido la mayor parte de sus edificios internos, cuyo suelo está reclamando a gritos una profunda investigación.

Gormaz, tal como actualmente se halla, se divide en dos partes: el gran recinto general y la fortaleza interior, salvada por un foso y barrera, no registrados por cierto, a pesar de su capital

importancia, en ninguno de los planos de la fortaleza, incluyendo los oficiales. Dos torres mayores—la del Homenaje y de Almanzor—, protegían a ese mismo frente interior y daban fuerza al último reducto, cuya entrada se prolongaba por unos pasadizos, sabiamente calculados y regularmente batidos que, a través del Homenaje, podían solamente conducir al patio central, donde residía la cabeza y gobierno de tan inmensa fortaleza. Muchos de esos elementos y obstáculos han sido borrados ya, derruidos por el abandono en que el castillo yace y el poco interés concedido a esos vestigios internos, en los que no obstante residía una gran parte de su valor defensivo. Pero todavía quedan ciertos pormenores, como el profundo y amplio aljibe abovedado, la expresiva poterna de arco todavía musulmán, tan bien colocada y en juego con otros disimulados accesos y el doble y alto adarve del lienzo o muro divisorio que al entendido enseñan la técnica precisa de esta gran construcción, que seguramente estuvo dotada en su recinto exterior, de otras varias divisiones, según algunas huellas que se advierten.

Por desgracia, tan ingente monumento no se halla de ningún modo cuidado. Recientemente, se ha atendido a la restauración de su magnífica Puerta califal que, incompleta en sus originales elementos, algunos de los cuales aquel insigne y celoso artista burgalés D. Isidro Gil, todavía vio y dibujó, muestra, sin embargo, aun sus bellas y admirables líneas musulmanas. Pero el resto queda en el más profundo desamparo y a la merced del rudo clima del Duero que, con sus duras y despiadadas intemperies, irá consumiendo y abatiendo a estos muros milenarios.

No hay que decir que en silencio, pero con veneración y piedad, se recordó la fecha del 16 de julio del año 959, que había promovido esta visita, besando alguno aquellas sagradas piedras y admirando todos sus hechos, sus recuerdos y sus magnas proporciones. En ello nos acompañaron los modestos vecinos del lugar, presididos por su Alcalde, quien desde el principio, tuvo a bien guiarnos, con esa gentileza afable y llana que distingue a estas nobles gentes de la sufrida tierra soriana. En el pueblo, se visitaron, también, la iglesia y el rollo, representativo de la autonomía y jerarquía de tan humilde y reducida población, jamás entregada sino muy accidentalmente a particular dominio y señoría, saliendo todos impresionados y encantados por la fortaleza y por la cortesía de aquellos habitantes.

De regreso a Osma y porque era ya algo tarde, se promovió la cuestión de la subida al castillo, a la que, por fin, solamente algunos «valientes» se atrevieron. Como siempre, entre los decididos figuraban algunas de esas animosas excursionistas que en estos periplos forma siempre en primer lugar y constituyen nuestras más entusiastas y atentas compañeras, siempre dis-



El castillo de Gormaz.

puestas a ver, aprender y admirar las Piedras venerables de cuantos monumentos recorreremos. Los otros permanecieron en los coches, al pie de la Torre del Agua, alzada sobre la misma carretera, quedándose sin apreciar el amplio recinto de la roquera fortaleza, su achafianada torre de Homenaje y las grandiosas perspectivas que desde sus adarves se descubren sobre las ruinas de Uxama y sobre los rápidos y agrestes derrumbaderos del río Avión, que por el Este y a gran profundidad cerca al castillo, en tanto que el Ucero lo circunda por la parte contraria, única accesible.

Desde allí y sin detenerse ya más que unos momentos en la pintoresca y atrayente plaza de Riaza, llena, por cierto, de alegre y danzante juventud, se volvió ya directamente a Madrid, un tanto cansados por las andanzas y las emociones del día, pero satisfechos de haber cumplido, como buenos «Amigos de los Castillos» el deber de rendir un fervoroso homenaje a las milenarias piedras de Osma y de Gormaz.

Madrid, julio de 1959.

F. B.



## Nuevo Director del "Boletín de la Asociación Española de Amigos de los Castillos"

Aceptada por la Junta Directiva Nacional la renuncia, varias veces presentada, por el ilustre periodista madrileño D. Juan Sampelayo Ruescas, de la dirección que venía desempeñando del BOLETÍN DE LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS, desde la aparición del primer número en el mes de abril de 1953, a propuesta de la mencionada Junta, la Dirección General de Prensa ha nombrado Director de esta publicación a D. Luis de Armiñán y Odriozola, Vocal de la misma.

El nombre de Luis de Armiñán, con que firma sus escritos, viene destacando en el amplio panorama de la intelectualidad española, sobre todo como periodista, que desde hace cuarenta años se mantiene en contacto con el público en las páginas de los más prestigiosos diarios españoles.

En la actualidad desempeña la dirección de la Redacción del *Diario de Barcelona*, en Madrid, y forma parte de la del gran diario *A B C*—del que ha sido corresponsal en el extranjero—, en cuyas páginas ha cultivado con acierto y brillantez el tema de los castillos.

La experiencia profesional de Luis de Armiñán, secundado por los miembros de la Junta Nacional que integran la Comisión de Publicaciones de nuestra Asociación, puesta al servicio de la patriótica empresa de divulgación, defensa y conservación de los castillos españoles, es garantía de seguros éxitos, que habrán de tener reflejo en las páginas de este BOLETÍN, confiado desde hoy a su inteligente dirección.



## Castillos en la arena

Se ha celebrado en pleno verano y en las playas, un concurso que, llevado por la revista madrileña *Blanco y Negro* y apoyado en periódicos de distintas provincias, ha resuelto, hasta con carácter internacional, la elevación, con arena, de castillos, realizada por muchachos y niñas. En su día se hicieron públicos los ganadores.

Nos queda a nosotros agradecer el tema del concurso, que sin duda, se debe al director de la referida revista, D. Torcuato Luca de Tena.

El carácter deportivo del concurso tiene como fondo los castillos. El niño concursante ha dedicado algunas horas a repasar la imagen de los entrañables edificios, aprender sus características, simplificarlas para su trabajo. Se les ha dado ocasión de conocer una de las riquezas de España, tanto tiempo abandonada.

Torcuato Luca de Tena, desde la dirección de *A B C*, y ahora en la de *Blanco y Negro*, ha demostrado su amor a los castillos. El concurso es una muestra más de esta afición y su éxito compensa el esfuerzo realizado.

Galerías

Preciados

Madrid

## LIBROS Y REVISTAS RECIBIDOS

*Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura.*—Tomo XXXV.

Dos cuadernos, trimensuales, correspondientes a los meses abril-junio y julio-septiembre 1959.

Insertan interesantes artículos de Ramón Esquer Torres, Manuel García Blanco, Carlos G. Espresati, José María Doñate, Felipe Mateu y Llopis, C. Meliá Tena, Luis Revest Corzo, Arcadio García Sanz, Carlos Sarthou Carreres, Bernat Artola, Honorio García y Justo Martínez Mata, con abundantes notas bibliográficas.

\* \* \*

*Estudios Cartográficos.*—Dos separatas de la revista «Las Ciencias». Madrid, 1959.

El primero es un simple e interesante resumen de un coloquio sobre Cartografía, y el segundo, un «Informe sobre las actividades cartográficas en España, presentado en la Conferencia Internacional de Cartografía celebrada en Berna, los días 9 y 10 de junio de 1959».

\* \* \*

*Boletín del Instituto de Estudios Giennenses.*—Año V, núm. 17. Jaén, junio-septiembre 1958.

Sumario: «Castillos y murallas del Santo Reino de Jaén», por Santiago de Morales; «El proceso de la Inquisición de Sevilla contra el maestro Domingo de Valtanás», por Alvaro Huerga; «Cobos, Secretario del Emperador», por Juan Pasquau; «Un interesante estudio del Conde Zeininger de Borja sobre la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalem», y otro trabajo informativo sobre «El Dr. Peralta, elegido Vicepresidente de Costa Rica». Noticiario.

Tiene para nosotros especial interés el primero de los citados trabajos sobre los castillos y murallas del antiguo Santo Reino de Jaén, muy bien ilustrado con curiosos dibujos, y que continuará en un próximo número. Los aquí estudiados son los correspondientes a las localidades y fortalezas, la mayor parte de ellas totalmente desaparecidas, de Abeny, Ablir, Alarves, Albánchez, Albendin, Alcalá la Real, Alcaudete, Aldehuela, Algardos, Alhabar, Andújar, Aragonesa, Araísmo, Archillas, Arenas, Arjona, Atalaya, Aulala, Baeza, Baño, Baños de la Encina, Beas de Segura, Bedmar, Bélmez, Bensala, Bulgar-Himar, Burrueco, Cabra de Santo Cristo, Calatrava, Canena, Caniles, Capilla, Car-

chena, Casanueva, Castel de Dios, Castellar, Castro-Ferrat, Cástulo, Cazalilla, Cazorra, Cote-Moros, Cotrufe, Cuadros, Cuenca, Cueva Blanca, Cuevas de Espelunca, Chiclana, Chincoya, Chunguín, Domingo Peláez, Dos Hermanas, Escañuela, Escarena, Esclamel, Esnader, Espeluy, Estiviél, Estrella, Exno, Eznavajore, Ferral, Fesora, Fuensanta, Fuente Julián, Fuente del Rey, Garcier, Garibaile, Gil de Olid, Hierro, Higuera de Martos, Hornos, Huelma, Ibros, Iliturgi, Iruela, Isle o Iste, Isturgi, y continuará en un próximo cuaderno, siguiendo el orden alfabético adoptado.

Dicho trabajo tiene un interés especialmente histórico, con abundantes datos asimismo del estado de conservación en que dichas fortalezas, recintos, castillos, atalayas y torres se encontraban cuando se escribieron las referencias que Santiago de Morales transcribe. Especial importancia tienen las fichas correspondientes a Alcalá la Real, Arjona, Baños de la Encina y alguna otra.

\* \* \*

*La Zuda*.—Año V, núm. 33. Tortosa, julio-agosto 1959.

Sumario: Editorial; «Dos obras inéditas sobre la Santa Cinta», por Manuel Beguel Pinyol; «Torres y fortalezas en el Bajo Ebro», por José F. Pena; «Un romántico tortosino: Jaime Tió y Noé», por Francisco J. Gas Carpio, y «Manuel», por Tomás Forteza Segura.

El artículo de José F. Pena es ligero, pero interesante. Alude de entrada a la gran labor que desarrolla la Asociación Española de Amigos de los Castillos (muchas gracias), y ello le sirve de actualidad y de estímulo para contribuir de esta manera a la misma. Dice que los principales castillos de la comarca son Miravet, La Zuda y Uldecona. «De otros que fueron castillos no vale ocuparse, porque su perdición se ha consumado ya, como en los casos de Pauls y Amposta». Estudia de pasada los de Camarles, Burjacia, Candelas, Perelló, Fullola, San Onofre, Torre dels Moros, Torre Guardiola, Cordé, Prior, Font de Quinto, La Carrova (que es la fortaleza más extensamente tratada), La Galera, San Jorge de Los Alfaques, Garidells, Aliga, Carlet y alguna otra, casi todas simples torres vigias.

\* \* \*

*Un busto véltico*, por Francisco Conde-Valvis Fernández, Vigo, 1959.

Breve trabajo, bien ilustrado con dibujos, planos y fotografías, perfectamente estudiado por un especialista. Procede el busto de Castro del Río, y es una interesantísima escultura.

J. S. y D.

Una colección que ofrece gran interés para los Amigos de los Castillos y, en general, cuantas personas sientan devoción por la historia y el arte patrios:

## Ciudades monumentales de España

Volúmenes de 246 a 300 páginas, 19 x 15 cm., ilustrados con una veintena de láminas que reproducen vistas fotográficas, encuadernación en semitela, con sobrecubierta policroma.

Publicados:

### Ciudades del Centro

(Avila-Burgos-Cuenca-Palencia-Salamanca-Segovia-Sigüenza-Toledo-Valladolid-Zamora)

por

ANGEL DOTOR

Precio del ejemplar: 37 pesetas

El eminente escritor don Federico Carlos Sáinz de Robles dijo de esta obra en el diario "Madrid": "*Ciudades monumentales de España* está emotivamente escrito y magistralmente compendiado, es un libro en el que se entrecruzan la amenidad con el más noble estilo, la fuerza evocadora con la verdad histórica, la gracia interpretativa con la unción lírica".

### Ciudades del Norte

(La Coruña-Santiago de Compostela-Lugo-Orense-Pontevedra-Oviedo-León-Santander-Bilbao-San Sebastián-Vitoria-Pamplona-Huesca-Jaca)

por

JOAQUIN PLA CARGOL

Precio del ejemplar: 38 pesetas

En prensa:

### Ciudades del Sur

(Cáceres-Badajoz-Huelva-Sevilla-Jerez de la Frontera-Cádiz-Córdoba-Jaén-Málaga-Granada-Almería-Murcia)

por

ANGEL DOTOR

Pedidos: Asociación Española de Amigos de los Castillos

Plaza Mayor, 27, 3.º, Madrid.

Teléfono 21 24 54

# Publicaciones de la Asociación Española de Amigos de los Castillos

BOLETIN SOCIAL

OFICINA: PLAZA MAYOR, 27, 3.º-TELEF. 21 24 54

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

<i>Un año (cuatro números)</i> . . . . .	60 ptas.
<i>Número corriente</i> . . . . .	20 »
» <i>atrasado</i> . . . . .	25 »
<i>Números publicados: 25.</i>	
» <i>agotados: 1, 2, 12, 13 y 14.</i>	

## OTRAS PUBLICACIONES

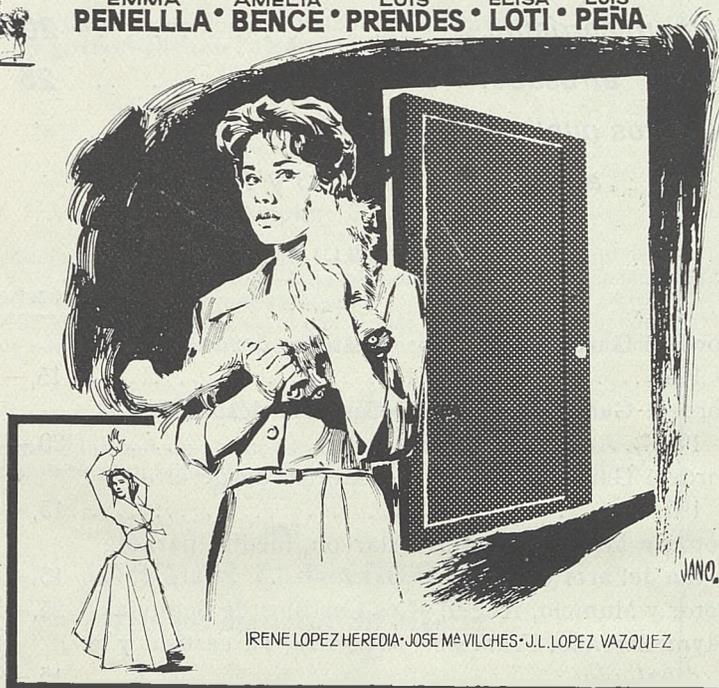
	<u>PRECIO</u>
Bordejé Garcés, Federico: «Castillos desde el aire», 1955.....	15,— ptas.
Bordejé Garcés, Federico: «Castillos desde el aire», 1956.....	20,— »
Bordejé Garcés, Federico: «Castillos desde el aire», 1957.....	15,— »
Dotor y Municio, Angel: «Alarcón, inédito paradigma del arte y la historia patrios» . . . . .	15,— »
Dotor y Municio, Angel: «Los Castillos de Segovia».	25,— »
Layna Serrano, Francisco: «Atienza, su castillo y la <i>caballada</i> » . . . . .	15,— »
Layna Serrano, Francisco: El castillo-palacio de los Obispos de Sigüenza . . . . .	15,— »
Marañón, Gregorio: «Los castillos en las Comunidades de Castilla» . . . . .	12,— »
Prast, Antonio: «La torre del homenaje del castillo de la Mota de Medina del Campo» . . . . .	15,— »
Rico de Estasen, José: «Loa apasionada de los castillos españoles» . . . . .	12,— »
Sanz y Díaz, José: «Panorámica con el castillo de Molina al fondo» . . . . .	10,— »

¡POR FIN!

LA GRAN PELICULA POLICIACA  
QUE NOS DEBIA EL CINE ESPAÑOL



EMMA AMELIA LUIS ELISA LUIS  
PENELLA BENCE PRENDES LOTI PEÑA



IRENE LOPEZ HEREDIA · JOSE M<sup>o</sup> VILCHES · J.L. LOPEZ VAZQUEZ

## DE ESPALDAS A LA PUERTA

CON LA COLABORACION ESPECIAL DE  
**LA CHUNGA**

DIRECTOR  
**JOSE MARIA FORQUE**

PRODUCCIÓN HALCÓN PARA CHAMARTÍN



# BANCO HISPANO AMERICANO MADRID

Capital desembolsado ..... 600.000.000 Ptas.  
Reservas ..... 1.250.000.000

**CASA CENTRAL: Plaza de Canalejas, núm. 1**

Sucursales en las principales localidades de la  
Península, Baleares, Canarias y Norte de Marruecos

---

Corresponsales en todo el mundo

---

Servicio especializado para las operaciones  
con el exterior en su Departamento Extranjero

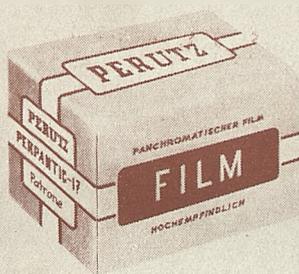
## SUCURSALES URBANAS:

Alcalá, número 68	Legazpi (Gta. Beata. Maria Ana de Jesús, 12)
Atocha, núm. 55	Mantuano, número 4
Avda. José Antonio, núm 10	Mayor, número 30
Avda. José Antonio, núm. 29 (esquina a Chinchilla)	Narváez, número 39
Avda. José Antonio, núm. 50	P.º Gral. Martínez Campos, 31
Bravo Murillo, núm. 300	P.ª Emperador Carlos V, 5
Conde de Peñalver, núm. 49	Pte. Vallecas (Avenida de la Albufera, 26)
Duque de Alba, número 15	Rodríguez San Pedro, 66
Eloy Gonzalo, número 19	Sagasta, número 30
Fuencarral, número 76	San Bernardo, número 35
J Garcia Morato, 158 y 160	San Leonardo, 12 (junto a la Plaza de España)
Lagasca, número 40	Serrano, número 64

Aprobado por la Dirección General de Banca, Bolsa e Inversiones, con el núm. 2.308

**PERUTZ**

Sus mas bellas fotos con



FABRICADO EN ESPAÑA POR *Mafe* ARANJUEZ

IMP. COSANO - PALMA. 11 - TEL. 225595 - MADRID